

C O S E C H A S   Y   S I E M B R A S

Reflexión y testimonio  
sobre un pasado de matemático

por

Alexandre GROTHENDIECK

L A S   P U E R T A S   S O B R E   E L   U N I V E R S O

Apéndice a la Llave del Yin y del Yang (3ª parte)

## LAS PUERTAS SOBRE EL UNIVERSO

### (Índice)

1. La roca y las arenas
2. Cosas poliándricas y cosas poligámicas
3. La ambigüedad creativa (1): parejas, congas y corros
4. La ambigüedad creativa (2): la inversión de papeles
5. La ambigüedad creativa (3): la parte contiene al Todo
6. La ambigüedad creativa (4): los extremos se tocan
7. Mis perplejidades “continente – contenido” y “lo pesado – lo ligero”
8. En busca de la Unidad
9. Generalidad y abstracción – o el precio a pagar
10. Historias de icosaedros y de árboles de Navidad
11. Deseo y necesidad – o el camino, y el fin
12. Precisión y generalidad – o la superficie de las cosas
13. La armonía – o los esponsales del orden y del misterio
14. El carácter y lo característico – o el Acordeón cósmico
15. ¿Descubrimiento o “invención”? – o el escriba y “el Otro”
16. La Flor y su movimiento – o: cuanto más me alejo, más me acerco
17. Caos y libertad – o las hermanas terribles
18. Lo vago y lo preciso – o el cubo y el Mar
19. Orden y estructura – o el espíritu de precisión
20. Lo abstracto y lo concreto (1): nacimiento del pensamiento
21. Lo abstracto y lo concreto (2): el milagro de la simplicidad
22. Lo abstracto y lo concreto (3): los estratos del lenguaje – o la piel y el abrazo
23. Abstracción y sentido – o el milagro de la comunicación
24. El lenguaje de las imágenes – o el camino de vuelta
25. Las Puertas sobre el Universo
  - A) Puertas y ojos de cerradura (repertorio)
  - B) El Árbol
  - C) La Ventana
  - D) El biicosaedro

(Apéndice a la Llave del Yin y del Yang)

1. La roca y las arenas

(17 de marzo de 1986) Hace dos días que estoy pasando a limpio mi repertorio de parejas yin-yang, haciendo algunos ajustes de último minuto. Intento ser tan exhaustivo como puedo, incluyendo todas las parejas que he advertido y anotado desde mi primera reflexión sobre este tema, hace siete años. La mayor parte de mi lista actual (tal vez cuatro quintos) ya fue levantada en ese momento, en la primavera de 1979. Después de esos primeros pasos en mi reflexión sobre lo “masculino” y lo “femenino” (cuando aún no conocía los nombres chinos consagrados “yin” y “yang”), ha habido una progreso más cualitativo que cuantitativo: mi comprensión de la dinámica yin-yang se ha afinado por efecto de una atención despierta, y han aparecido ciertas parejas yin-yang particularmente interesantes que antes se me habían escapado, como “la vida – la muerte”, “el bien – el mal”<sup>1</sup>. Pero sobre todo, como explico en otra parte (en la nota “La dinámica de las cosas” (nº 11)), he procedido a un agrupamiento más riguroso y más natural de las parejas yin-yang en “grupos de parejas”, según las afinidades que las ligan. Cada uno de los grupos así formados me parecía una especie de “puerta sobre el Universo”, de la que las parejas yin-yang que lo forman serían otros tantos “ojos de cerradura” diferentes por dónde mirar<sup>2</sup>. Esos grupos (o “puertas”) no se colocan de manera natural en un “orden lineal” (es decir en fila india), sino (como explico en la citada nota) pueden representarse por los vértices de un “grafo”, cuyas “aristas” representan las relaciones de afinidad más notables entre un grupo y los grupos percibidos como “vecinos”. El lector encontrará más abajo<sup>3</sup> ese grafo “vagamente en forma de árbol de Navidad”, y, a continuación, la descripción de los veintidós<sup>4</sup> “vértices” del grafo, enumerando las parejas yin-yang que forman los grupos correspondientes a cada uno de los vértices.

Al poner a disposición del lector el resultado provisional de este aspecto (“combinatorio” o “topológico”) de mis reflexiones sobre el yin y el yang, mi propósito no es el de pretender fijar un nuevo “canon” en la filosofía del yin y el yang, ¡bien al contrario! Sólo quiero proporcionarle un material rico y sugestivo, en estado más o menos bruto, para alimentar su propia reflexión sobre este tema fascinante. Cada una de estas doscientas parejas yin-yang alineadas sin más comentarios, como otros tantos nombres lapidarios en un fichero del registro civil, me parece que por sí misma es rica en toda clase de resonancias, a poco que uno se detenga en ella. Escuchar, sondear y apuntar esas resonancias sería un trabajo apasionante. En dos de esas parejas lo he hecho en Cosechas y Siembras<sup>5</sup>, en unas pocas páginas. Hacerlo con todas

<sup>1</sup>Conforme al uso, casi siempre digo parejas “yin-yang”, y no “yang-yin”, lo que no impide que (salvo mención de lo contrario) nombre a las parejas en el orden yang-yin, como en las dos parejas anteriores.

<sup>2</sup>Esa imagen de “puertas sobre el Universo” y de “ojos de cerradura” aparece al principio de la nota (del 21 de octubre de 1984) “El Acto” (nº 113). Fue ocho días después de que retomase mi reflexión de antaño sobre las parejas yin-yang, con la citada nota “La dinámica de las cosas” (nº 111).

<sup>3</sup>(31 de marzo) Véase la página ???. Sería interesante que el lector viera ese diagrama, y recorriera la lista descriptiva de los diferentes grupos, antes de lanzarse a la lectura de los comentarios que siguen, y que van a enganchar con una reflexión imprevista sobre el juego del yin y del yang en el movimiento del “pensamiento que explora”. Los comentarios y reflexiones por una parte, y el diagrama y las listas por otra, se iluminan mutuamente.

<sup>4</sup>En la nota “El Acto” (citada en la anterior nota a pie de página), se habla de *veintiún* vértices (o grupos de parejas). Bajo el empuje de las exigencias de coherencia interna, acabo de añadir un vigésimosegundo, el grupo “espacio – tiempo” (reducido a esa pareja, más la pareja casi idéntica “extensión – duración”). Esto ha tenido el pequeño inconveniente, ¡ay!, de perturbar un poco la simetría de mi grafo.

(31 de marzo) En los días siguientes, procedí a escindir en dos a seis de los grupos del diagrama inicial. Esto lleva a veintiocho el número total de “grupos” o “puertas” representados por los vértices de mi diagrama.

<sup>5</sup>Se trata de las parejas “acción - inacción” y “rechazo – aceptación”. Hablo un poco de la primera pareja en la nota

requeriría un volumen – y el que lo escriba (si algún día se escribe ese libro) ¡aprenderá muchas cosas sobre el mundo y sobre sí mismo al escribirlo! Y sabrá que ni una biblioteca entera agotaría las cuestiones planteadas por cualquier pareja aparentemente anodina, como (por ejemplo) “el bien – el mal” o “creación – destrucción”...

En la siguiente presentación, hay una parte inevitable de subjetividad, incluso de arbitrariedad. Al decir esto, no pienso en la *existencia* de las parejas inventariadas (en tanto que auténtica “pareja yin-yang”), ni en la *distribución de los papeles* yin-yang dentro de cada una. Por el contrario, tengo bien claro que una y otra, existencia y distribución de papeles, tienen un sentido perfectamente preciso y “*universal*”, quiero decir: independiente de todo contexto cultural que decida y fije los rasgos, actitudes y funciones consideradas como propios del hombre o de la mujer<sup>6</sup>. Ese sentido no es menos preciso ni menos universal que el de un enunciado matemático: la cuestión de si el enunciado está bien planteado, y en tal caso, de si es verdadero o falso, esencialmente es independiente de todo contexto cultural<sup>7</sup>.

Eso no impide que en esta cuestión del yin y del yang uno puede equivocarse, igual que puede equivocarse en matemáticas (cosa incluso de lo más frecuente), al escribir precipitadamente un enunciado que no tiene sentido o cuyo sentido no es el que se tenía en la cabeza, o al creer demostrar que es cierto cuando es falso, o al revés. Pero en ambos casos, dialéctica yin-yang o matemáticas, a poco que se avance, más pronto o más tarde el error termina por revelarse por alguna contradicción patente o por alguna incoherencia. Entonces se corrige, dando lugar a una comprensión más profunda y más sólidamente asentada.

---

“Los esposos enemigos” n° 111’), y de la segunda en la sucesión de notas “Rechazo y aceptación” (n°s 116 – 118).

<sup>6</sup>Al escribir estas líneas, sé muy bien que no dejarán de suscitar un levantamiento en masa de objeciones y malentendidos. Sería en vano intentar disiparlos. No se trata de la cuestión preliminar de si tal agregado de dos términos vagamente opuestos, como “belleza – fealdad” o “inteligencia – estupidez” digamos, forman realmente una pareja yin-yang, cosa que casi cualquiera que haya oído pronunciar las palabras “yin” y “yang” ¡tendería a admitir como algo evidente! Es la *distribución de los papeles* yin-yang, interpretados (se quiera o no) como una asignación imperativa de *papeles* femenino (a la mujer) – masculino (al hombre), lo que dará lugar a las contestaciones más vehementes. El “argumento” más corriente, y que se aplicaría con “evidencia” irrefutable a todas las parejas (verdaderas o falsas) sin excepción, es que mi interlocutor conoce muchas mujeres en que predomina el término calificado como “yang”. Lo mismo sería verdad, ciertamente, ¡si se invirtiese la atribución de los papeles yin-yang, decretando (digamos) que el yin representa la acción, y el yang la inacción! Esta clase de “argumentos” indica simplemente un rechazo (inconsciente, como debe ser) a entrar en contacto con la realidad de las incesantes nupcias de las cualidades yin y yang. Entrar en tales argumentos (para explicar por qué y hasta qué punto están “fuera de lugar”) siempre es tiempo perdido.

El bloqueo siempre proviene de la valoración (a menudo tácita, pero ¡siempre imperiosa!) de las cualidades yang en detrimento de las yin. Esta valoración está profundamente interiorizada por todos, incluso (y sobre todo, estaría tentado en escribir) por las mujeres, que supuestamente pagan el pato (cuando de hecho la mujer y el hombre arrastran su peso). Así parejas yang-yin tan anodinas como “rápido – lento”, “coraje – prudencia” o “seguridad – humildad” a menudo son percibidas por la mujer (o por los hombres bien intencionados que se creen en la obligación de apoyarlas en su justa causa) como profundamente *injustas*: Es el término aureolado de prestigio el que, siempre y como debe ser, infaliblemente se atribuye “al hombre”. Sin que haya que ir a buscar parejas peores, por no decir catastróficas desde el punto de vista de las “public relations”, como (¡compórtense!) ¡“el bien – el mal”! Verdaderamente hay que ser un maldito racista y un falócrata delirante, sí, para echarle a media humanidad todas esas cualidades (¡sic.!) y epítetos desagradables, incluso infames. Muchas gracias, señor, por vuestra famosa dialéctica del yin y del yang, ya nos hemos percatado y tenemos bastante. ¡Puede irse con viento fresco!

<sup>7</sup>Al escribir esta línea, tenía presente que hasta en matemáticas, donde (al menos en principio) todos los matemáticos aceptan las mismas “reglas de juego”, la cuestión (digamos) de si un enunciado matemático tiene sentido (en el sentido puramente técnico del término, i.e., de si realmente es un “enunciado matemático”, sin prejuzgar su interés, o si es verdadero o falso), o de si tal razonamiento escrito negro sobre blanco que supuestamente lo prueba realmente constituye una demostración, puede levantar discrepancias, incluso en nuestros días. Conozco varios matemáticos eminentes, frente a los que me he sentido más de una vez en esa situación de extraño vértigo, cuando parece que en absoluto funcionamos con la misma “lógica”. Lo que llamaría una “definición” o un “enunciado” supone a menudo toda una vaga nube de presupuestos y de intuiciones ligadas a la situación considerada, y que les costaría mucho explicitar, para dar un sentido preciso a lo que afirman. Lo preocupante aquí es que claramente no comprenden ni siquiera el sentido de la pregunta, cuando se les piden precisiones, cuando para ellos ¡todo está perfectamente claro! Es un poco como un diálogo de sordos entre un matemático actual, hecho a los cánones de precisión popularizados por Bourbaki, y un matemático del siglo pasado – y de hecho, tuve ese sentimiento de vértigo a leer algunos trabajos de Riemann, ¡cuyo tema supuestamente me era familiar! Y me he vuelto a encontrar con ese sentimiento, pero en una situación inversa, en mis relaciones con la mayoría de los estudiantes de la Facultad, cuando éstos claramente no comprenden por qué me molesto en entrar en ciertas explicaciones, cuya necesidad es para mí evidente y de mero “sentido común” matemático. Inútil decir que en tal coyuntura, mis “explicaciones” les pasan por encima de la cabeza – o mejor dicho, los estudiantes en cuestión “pasan” de eso hasta que ¡por fin volvemos a las recetas de cálculo!

No se trata pues de un nuevo “sexo de los ángeles” (estilo oriental), sino de una realidad de lo más tangible. Podemos captar esa realidad, igual que la de las cosas matemáticas y de manera igualmente “segura”, con tal de que estemos lo bastante interesados como para dejar que nazca y se despliegue en nosotros el tipo de atención, de intuición y de facultades adecuado. Es cierto que el delicado juego del yin y del yang no puede captarse a golpes de “definiciones”, de “enunciados” y de “demostraciones”, como ocurre en matemáticas con el juego de las formas, los números y las magnitudes. Sin embargo no por eso es menos “cognoscible”, ni menos “real” – ¡bien al contrario!

Además me parece que cada una de las parejas yin-yang de mi repertorio es realmente “correcta”. Pero no puedo garantizarlo con total certeza, no más que si se tratase de un trabajo matemático algo farragoso, en el que no hubiera comprobado todo hasta el más mínimo detalle y hasta el final (cosa que además pocos matemáticos se toman la molestia de hacer). Lo que sé sin ningún género de duda, por contra, es que lo que aquí presento es *sustancial*, y que en lo esencial esa sustancia no queda afectada por los errores de detalle que se hayan deslizado aquí o allá.

Cuando hace un momento me disponía a hablar de “subjektividad” y de “arbitrariedad” en mi presentación, se trata de algo muy distinto. Por una parte pensaba en la *elección* de las parejas yin-yang incluidas en mi repertorio: seguramente hay parejas interesantes que se me han escapado<sup>8</sup>. Pero sobre todo hay una arbitrariedad inevitable en la formación de “grupos” (de parejas) que sea “significativos”, es decir en el “reparto” de todos esos “ojos de cerradura” entre las “puertas sobre el Universo”. Me parece que esos grupos se han formado de manera bastante natural, por las relaciones de afinidad entre parejas percibidas como (más o menos...) “cercanas”. Esas afinidades en el seno de un mismo grupo sin duda serán evidentes para cualquier lector, a “primera vista”, simplemente recorriendo la lista de sus parejas. Pero esas afinidades van más allá del grupo considerado, llegando hasta las parejas de los grupos “cercanos” o “intermedios” (y esto es justamente lo que da lugar al famoso diagrama llamado “de las puertas sobre el Universo”, en forma de “árbol de Navidad”). Por otra parte y en un sentido en cierta forma opuesto, la disposición tipográfica de cada uno de los grupos hace aparecer, en la mayoría, diferentes “paquetes” o “subgrupos”, formados por parejas ligadas por cierto “sentido”, alrededor de alguna asociación común. Esto muestra que se hubiera podido, de manera igualmente “natural”, hacer un “reparto” que diera grupos más grandes, o al contrario (y de manera más razonable, me parece) grupos más pequeños – incluso grupos que francamente cabalgan entre los que he desentrañado.

Por ejemplo, he incluido las parejas “sur – norte” y “verano – invierno” en el grupo “luz – sombra”, y las parejas (visiblemente emparentadas con las anteriores) “este – oeste” y “primavera – otoño” en el grupo “lo alto – lo bajo”. Otro agrupamiento, igualmente natural, hubiese consistido en formar con estas cuatro parejas un grupo separado, formado por los cuatro puntos cardinales por una parte, y las cuatro estaciones por la otra<sup>9</sup>.

No he hecho ningún esfuerzo por evitar que una misma pareja yin-yang esté incluida en dos grupos diferentes – al contrario. Pero en el reparto que estoy considerando, tales superposiciones de un grupo con otro son más bien excepcionales<sup>10</sup>. La pareja “agudo – grave” está incluida en el grupo “lo alto – lo bajo”, pero me he abstenido de incluirla también en el grupo “movimiento – reposo”, pues la asociación entre una nota “aguda” y un movimiento (vibratorio en este caso) rápido, y entre una nota “grave”

---

<sup>8</sup>(31 de marzo) Eso es lo que ha confirmado la reflexión de las dos semanas siguientes, que ha hecho aparecer numerosas parejas nuevas.

<sup>9</sup>(31 de marzo) Entre otras razones, las reflexiones críticas de la presente sección me llevaron en los días siguientes a realizar algunos reajustes en mis grupos. Así separé del antiguo grupo “lo alto – lo bajo” (de dimensiones prohibitivas) un grupo “auge – declive”, del que ahora forman parte las parejas “este – oeste” y “primavera – otoño”. Por otra parte, “para que quede bonito” le he añadido al árbol de Navidad una especie de rosa de los vientos (en forma de cruz) con los cuatro puntos cardinales, donde figura el hipotético grupo “puntos cardinales y estaciones” evocado en el párrafo que aquí se comenta.

<sup>10</sup>Cuando una pareja que figura en un grupo dado también figura en otro grupo, va seguida (entre paréntesis) por la cifra romana (eventualmente con acentos o índices o ambos) que denota al otro grupo en que figura.

y un movimiento lento, quizás denote ya una comprensión “científica” del sonido (como un fenómeno vibratorio) relativamente sofisticada, que está ausente (supongo) en las capas inconscientes de la psique. La pareja “aprender – olvidar” ha sido incluida en los grupos “conocimiento – ignorancia” y “lo alto – lo bajo”<sup>11</sup>, pero me he abstenido de incluirla en el grupo “acción – inacción”, donde también podría ser incluida<sup>12</sup>.

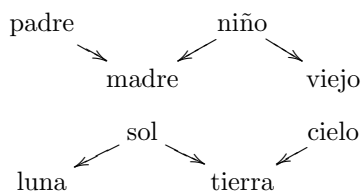
No me extrañaría nada que se pidiesen encontrar agrupamientos más razonables y más delicados que los que estoy considerando, de forma que se tuviera una comprensión más clara y más fina de la estructura global (o el “pattern”) formada por toda esa profusión de “ojos de cerradura” sobre el Universo. Sin duda ésta se expresaría entonces con un grafo de aspecto muy diferente, y tal vez más llamativo y más convincente que mi “árbol de Navidad” un poco deslabachado, y de aspecto humilde...

## 2. Cosas poliándricas y cosas polígamas

Las parejas yin-yang que hasta ahora hemos considerado se refieren en principio a *cualidades*, expresadas bien con calificativos (que a menudo presento en forma de sustantivos) como en “lo caliente – lo frío” o “lo rápido – lo lento”, bien con verbos como en “saber – conocer”, bien con nombres como en “pasión – serenidad”. Sin embargo hay algunos casos de parejas yin-yang en que figuran “cosas”, una que juega el papel yin y la otra el papel yang, y una y otra tienen el valor de *símbolo arquetipo*, es decir de imagen simbólica, que surge de las capas inconscientes profundas de la psique y que tiene valor “universal”, y se encuentra (bajo múltiples formas posibles) en todas las personas y culturas. Con excepción de la pareja “amo – servidor” (que tal vez sólo sea una personificación de la pareja “autoridad – obediencia”, más que un auténtico símbolo arquetipo), he anotado ocho de estas parejas (que implican doce arquetipos<sup>13</sup>). Son las dos parejas

hombre → mujer  
fuego → agua ,

y los dos grupos, cada uno de tres parejas, que se representan con los siguientes diagramas:



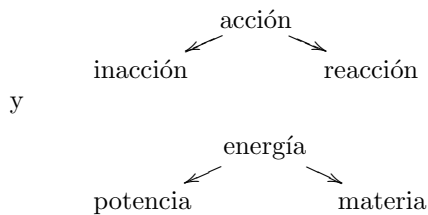
Se entiende que en estos diagramas, igual que en los siguientes, una flecha que une dos términos indica que éstos forman una pareja, y que la flecha va del término yang al término yin.

Estos dos últimos diagramas ponen en evidencia un hecho interesante, que anteriormente ya habíamos rozado de pasada. Es el fenómeno de la “*poligamia*” y la “*poliandria*” de algunos de estos arquetipos: el niño y el sol son polígamos (emparejándose uno con la madre y el viejo, y el otro con la tierra y la luna), mientras que la madre y la tierra son poliándricos (emparejándose una con el padre y el niño, y la otra con el cielo y el sol). Tales fenómenos, contrarios a las buenas costumbres entre nosotros, no se restringen al areópago de los arquetipos, que gozarían de los privilegios que las mitologías reservan a los dioses (incluido el incesto). En mi repertorio he notado otros dos casos de poligamia patente, en efecto los términos “acción” y “energía” se insertan en los diagramas de tres términos

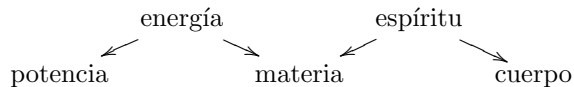
<sup>11</sup>(31 de marzo) Aquí habría que leer “el grupo “auge – declive”” en vez de “el grupo “lo alto – lo bajo””, véase la penúltima nota a pie de página.

<sup>12</sup>No he querido incluir la pareja “aprender – olvidar” en el grupo “acción – inacción” porque siento que “olvidar” también es una *acción*, no un estado de inacción. De hecho, dejando aparte el aprendizaje en sentido puramente mecánico o rutinario (especialmente el aprendizaje de un saber-hacer), no se aprende verdaderamente lo nuevo más que “olvidando” lo antiguo que nos mantenía prisioneros. Y muy a menudo es en ese acto de *olvidar*, de *separarse* pues de algo sentido como una adquisición, como un “bien” que no es muy querido, donde se encuentra la dificultad en el acto de aprender y de renovarse.

<sup>13</sup>(31 de marzo) Entre tanto he añadido las dos parejas arquetipo “dios – demonio” y “gigante – enano”.



Dan lugar a cuatro parejas yin-yang, que he incluido en tres grupos distintos (a saber los grupos “acción – inacción”, “delante – detrás” y “movimiento – reposo”). De repente, este último diagrama, al estar relacionado con la pareja “espíritu – cuerpo”, me sugiere una pareja yin-yang (sin embargo bien familiar) que se me había pasado en mi lista, a saber “espíritu – materia” (que voy a añadir ahora mismo)<sup>14</sup>. Así, el diagrama se completa con un hermoso diagrama en zig-zag de cinco vértices:



Esto nos proporciona otra bigamia, a saber el espíritu (¡quién hubiera pensado eso de él!), que se empareja a la vez con el cuerpo (que seguramente se lo esperaba) y con la materia; y también una poliandria, a saber la señora materia, que se empareja con la energía (que forma parte del mismo mundo que ella, a saber el de las entidades físicas) y con el espíritu (que supuestamente pertenece a un mundo más elevado). Además, buscando dónde insertar esa nueva pareja “espíritu – materia” (un matrimonio desigual según algunos), constato que prácticamente ya figuraba en mi lista, con la denominación “letra – espíritu” (donde “la letra” es claramente un símbolo de “la materia”<sup>15</sup>, en el grupo “forma – fondo”. Así, bigamia o no, ¡todo vuelve al orden!

### 3. La ambigüedad creativa (1): parejas, retahílas y corros

(18 de marzo) Ayer por la noche se hizo verdaderamente tarde. Con ganas de terminar, al final caí en un monumental contrasentido, al asimilar “a lo chic” la pareja “letra – espíritu” (que, en mi lista, va detrás de la pareja “forma – fondo” que da nombre al grupo) con la supuesta pareja “materia – espíritu” (bastaba con cambiar “letra” por “materia” ¡y ya estaba hecho!). “La materia” jugaría pues el papel yang, y “el espíritu” el papel yin<sup>16</sup>. Al hacerlo, no me di cuenta del “pecado mortal” de confundir los papeles yin y yang, aunque para mí estaba claro que lo que quería encajar era la pareja “espíritu – materia” y no a la inversa, con el espíritu masculino como debe ser, y la materia femenina (en conformidad con los desiderata del género gramatical). Después de reflexionar, me parece que su verdadero lugar está en el grupo “acción – inacción”, pues “el espíritu” encarna el principio de acción que anima a la materia, por sí misma inerte.

Esta confusión pone en evidencia justamente una importante particularidad de la dialéctica del yin y del yang, sobre la que pensaba volver hoy mismo. Se trata de la *ambigüedad* esencial en la naturaleza

<sup>14</sup>(18 de marzo) Esta manera de “adjudicar” la pareja “espíritu – materia” a la vuelta de una frase ¡decididamente es algo desenvuelta! Deteniéndose un momento sobre ella, uno se da cuenta de que es una pareja “que da la talla”. De hecho, aún no la “siento”, aunque no tengo ninguna duda de que realmente “existe”, como pareja yin-yang. Esa convicción no es un conocimiento, todavía no es fruto de una comprensión.

<sup>15</sup>(18 de marzo) ¡La desenvoltura persiste! (Véase la anterior nota a pie de página). Con la prisa por terminar, “termino” en efecto con un contrasentido grosero, que voy a rectificar con la nota de hoy.

<sup>16</sup>Nótese que en cada una de las parejas consecutivas la forma – el fondo , la letra – el espíritu , como si fuera adrede, la distribución de los papeles yin-yang es la *inversa* de la que sugiere el género gramatical de los términos. No hay que extrañarse de esas aparentes anomalías. Como se explica más abajo con otro ejemplo, aunque la entidad “forma” se empareje con la entidad “fondo” asumiendo el papel yang, no por eso ha de ser vista como de naturaleza esencialmente, ni exclusivamente yang. En tanto que “matriz envolvente” potencial de una infinidad de “realizaciones” posibles, “la forma” bien puede ser vista como algo de naturaleza “maternal”, yin. Por contra, en tanto que elemento estructural que ordena cierta substancia, o como quintaesencia “abstracta” extraída de una realidad concreta (cuando se habla de la forma de un rostro, de un vaso etc.), la misma entidad manifiesta sus caracteres yang, que justamente se expresan en parejas como “forma – fondo” o “forma – substancia”.

yin o yang de toda cosa, incluso en el caso de cualidades y otras entidades que son susceptibles de entrar en una o varias de las “parejas cósmicas” yin-yang que aquí estamos considerando. Esa ambigüedad queda ejemplificada por el diagrama lineal

letra  $\rightarrow$  espíritu  $\rightarrow$  materia ,

formado por dos parejas yin-yang que incluyen ambas la entidad “espíritu”, que entra como término *yin* en la primera pareja “letra – espíritu”, y como término *yang* en la segunda, “espíritu – materia”.

Por emplear un nombre griego culto, puede decirse que el espíritu es de naturaleza *andrógina*, es decir a la vez “macho” y “hembra”, “masculino” y “femenino”. Además eso es algo que me parece profundamente satisfactorio (¡el espíritu!), y sobre lo que jamás me había detenido hasta hoy. Sin duda vivía con la convicción inexpressada de que el espíritu (como indica su género gramatical) no podía ser más que *masculino*. Además, hace un momento (desde que he empezado a prestar atención a estas cosas) me he dado cuenta de que *el amor* también era andrógino, así como *la creación* (en tanto que acto y proceso), o en fin *Dios*<sup>17</sup>.

Esa ambigüedad esencial en la naturaleza yin-yang de toda cosa se superpone (sin contradecirla) a la *univocidad* esencial de la naturaleza, bien yin o bien yang, en cada uno de los dos términos de una “pareja cósmica” yin-yang. En la pareja “letra – espíritu”, por ejemplo, no hay ninguna ambigüedad sobre el hecho de que es “el espíritu” el que juega el papel yin (a pesar de la gramática), mientras que en la pareja “espíritu – materia” tampoco hay ninguna ambigüedad sobre el papel esta vez yang de la misma entidad “espíritu”. En cuanto a saber si en esta última es la naturaleza yang la que predomina sobre la naturaleza yin, o a la inversa, sospecho que ésa es una cuestión que se parece más a la del sexo de los ángeles que a una cuestión filosófica. En los tres casos similares (amor, creación, Dios) ¡no tengo ninguna duda sobre eso!

Es muy frecuente que entre dos cosas, nociones o entidades que estén relacionadas una con otra, esa relación se perciba como una “pareja”<sup>18</sup>, en la que una juega el papel yin, y la otra el papel yang, y esto sin ninguna “ambigüedad esencial” en esa distribución de papeles. Así, *la tierra*, horizontal y nutritiva, y *el árbol* que echando raíces en ella se lanza hacia el cielo, forman una pareja yin-yang que (creo) es percibida por todos, aunque sea al nivel de una percepción que permanece inconsciente. Por otra parte, si se presta atención al árbol, encarnado ante todo por su tronco, y después por su *ramaje* que con el tronco forman un todo, y que surgen del tronco y son alimentadas por él (igual que éste surge de la tierra y es alimentado por ella), parece que árbol y ramaje forman también una pareja, en la que esta vez el árbol juega el papel yin, y el ramaje el yang. En fin, si se mira el ramaje como un todo, en su

---

<sup>17</sup>Nótese que la palabra “amor” tiene género masculino en francés, y género femenino en alemán (“die Liebe”), lo que va bien con su carácter “andrógino”. Por contra, “Dios” (“Gott” en alemán) es masculino en las dos lenguas. Sospecho que también lo es en todas las lenguas que admitan diferenciación por género, y en que la noción de “Dios” (sin más, en oposición a “un dios” o “una diosa”) exista. Me parece que esto refleja la decisión cultural de dar preeminencia al yang. En cuanto a “la creación” (“die Schöpfung”), esa noción se expresa en ambas lenguas con el *femenino*. La razón es, creo, que en las dos lenguas, el sentido primero de la palabra “creación” no se refiere al acto o el proceso creativo, sino al Universo formado por todas las cosas creadas, del que todas esas cosas, y también nosotros, formamos parte. Ese sentido es pues cercano al del “Todo”, o el de “la Madre”, que (en su relación con “la parte”, o a lo que es creado o “engendrado”) son de naturaleza *yin*. Por contra, espontáneamente se piensa en el que crea (sea Dios, o el hombre) como “el Creador” o “el creador” (“der Schöpfer”), y jamás como “la creadora”. Me parece que esto traduce el mismo prejuicio cultural, en una y otra lengua, que en el caso de la noción de “Dios”.

En la pareja

creación – destrucción ,

vecina de “nacer – morir”, y cuya comprensión me parece esencial para una comprensión de nosotros mismos y de la naturaleza de nuestros procesos creativos y de los del Cosmos, la creación representa el principio yang, y la destrucción el principio yin. Ambos principios están presentes en todo proceso creativo en el pleno sentido del término. Como en el ejemplo examinado en la anterior nota a pie de página, ese papel yang no significa que “la creación” sea, por sí misma, algo de naturaleza yang, o “más yang que yin”. Esto queda patente cuando se recuerda cuál es el acto por excelencia: la unión del hombre y la mujer, cuyo abrazo transmite y renueva la vida...

<sup>18</sup>En lo sucesivo, para evitar toda confusión con las parejas llamadas “cósmicas”, sería preferible hablar aquí de “pares”, más que de “parejas”.



relación al *fruto* sostenido y alimentado por él, se encuentra otra pareja, en la que el ramaje juega esta vez el papel yin, maternal, y el fruto que brota de él juega el papel yang.

Estas múltiples relaciones pueden representarse con un diagrama, que esta vez no es “en zig-zag”, sino “en retahíla”:

tierra ← árbol ← ramaje ← fruto ,

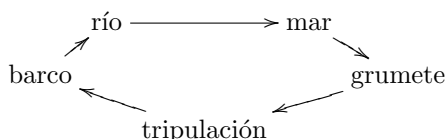
Este diagrama en retahíla pone en evidencia la ambigüedad yin-yang (o el carácter “andrógino”) tanto del árbol (yang en su relación con la tierra, yin en su relación con el ramaje) como del ramaje (yang en su relación con el árbol, yin en su relación con el fruto). Esto nos hace presentir, en virtud del grafismo, que la ambigüedad yin-yang de toda cosa es una *ambigüedad creativa*, que es un aspecto esencial de la creatividad propia, inherente a toda cosa en el Universo. Esa ambigüedad permite que la cosa entre en relaciones de pareja en una multitud de situaciones muy diferentes, tanto como “el esposo” como “la esposa”.

Como otro ejemplo instructivo, proponga a la atención del lector esta otra retahíla de tres parejas

la armonía ← el silencio ← el ruido ← el canto ,

dejándole el placer de formular con sus propias palabras, si se siente incitado a ello, por qué cada uno de estos tres pares forma realmente una “pareja”.

Para terminar esta digresión a golpes de gráficos, sobre la ambigüedad del yin y del yang en toda cosa, he aquí una retahíla que se cierra, dicho de otro modo un *corro* del yin y del yang:



Este corro (igual que las dos retahílas anteriores) proviene del Elogio del Incesto<sup>19</sup>, del que me limito a reproducir aquí la descripción:

“El río se lanza en la mar que lo acoge. El barco se sumerge en el río que lo rodea y lo envuelve. La tripulación es llevada por el barco que la engloba y la protege. El joven grumete es miembro y parte de la tripulación que lo incluye. Y en sus ojos se refleja el mar, a través de sus ojos penetra en su alma que lo acoge. Así lo masculino y lo femenino – Eros y la Madre – constantemente se entrelazan en un corro sin fin en que toda cosa, a la vez o por turno, vive su ímpetu viril *y* su impulso maternal.”

#### 4. La ambigüedad creativa (2): la inversión de papeles

Las parejas que figuran en el corro y en las dos retahílas anteriores no son “parejas cósmicas” yin-yang. Tal pareja representa dos modalidades de existencia, una yin y otra yang, de un *mismo* tipo de cualidad, que encontraremos en una multiplicidad infinita de situaciones en cualquier lugar del vasto Universo. Para evitar toda confusión, tal vez fuera prudente reservar el nombre de “parejas yin-yang” sólo para las “parejas cósmicas”, dejando el de “pares” (yin-yang) para el caso de esponsales más ocasionales, sin vocación “cósmica” o “universal”. Por supuesto que las primeras, las auténticas “parejas” u “ojos de cerradura sobre el Universo”, son aquí el centro de mi atención, en vista a levantar una especie de “carta” de la multitud que forman – ¡una multitud tan rica que nos desconcierta a primera vista!

Varias veces, en mis esfuerzos como cartógrafo metódico, me he visto enfrentado a contradicciones imprevistas que parecían burlarse de mí, a veces con insistencia, antes de resolverse en una comprensión menos superficial. No es mi propósito escamotear, con una “lista” o una “carta” perentoria, mis perplejidades de antaño. Tales dificultades se presentan aquí, igual que en cualquier otra substancia a

<sup>19</sup>Sobre el “Elogio”, véase la nota “El Acto” (nº 113), especialmente las páginas 507-508. Por supuesto que en ese texto de pretensiones literarias ni se me hubiera ocurrido incluir algo tan poco poético como un diagrama. ¡De menuda argolla me he librado!

poco delicada que sea con la que haya que familiarizarse, tanto si se trata (digamos) de “ciencia” (o de matemáticas) como de “filosofía”. Sólo enfrentándose a ella con toda ingenuidad, puede madurar una comprensión que no se quede en lo verbal o superficial, puede desarrollarse una intuición, un “feeling”...

Hace poco he insistido sobre el carácter de no-ambigüedad, de univocidad (“esencial” decía), en la distribución de los papeles yin-yang dentro de cada pareja cósmica – una distribución independiente de toda tipo de elección, sea “individual” o “cultural”. Ahora es el momento de desengañar al lector que pensase que una vez memorizadas las doscientas parejas de una lista, ¡el resto está tirado y se reduce a “blanco o negro”! Junto a esa “univocidad esencial” que subrayo con tanta fuerza, conviven lo que se pudieran llamar *ambigüedades “inesenciales”,* o “*secundarias*”, que (aunque me repita, o casi<sup>20</sup>) “se superponen sin contradecirla” a esa univocidad esencial de la pareja.

Ya nos hemos encontrado un ejemplo, con la pareja

rechazo – aceptación ,

en la que “el rechazo” representa el término yang. Había observado que, en ciertas situaciones, la aceptación “nace” del rechazo, que le serviría como una especie de “lecho nutritivo” – que hay pues una verdadera “*inversión*” de los papeles yin y yang, dentro de la pareja e cuestión<sup>21</sup>. Es lo que se podría llamar una inversión *creativa*, que había comparado con el que ocasionalmente se produce en el juego amoroso de la pareja conyugal. Tal inversión no cuestiona sin embargo “la univocidad esencial” del sexo biológico de ambos participantes. Pero permite que en uno y otro el impulso se exprese según su propia naturaleza, con toda la riqueza que le es propia con resonancias tanto femeninas y maternas, como infantiles o paternales.

También hemos apuntado de pasada<sup>22</sup> otro caso de inversión, parcial y más discreto, en el caso de la pareja

el niño – la madre .

Cuando la madre es percibida en su función de *protección* del hijo, que aparece pues como “protegido”, esa percepción asigna a la madre un papel (protector) de naturaleza *yang*, mientras que el niño (en esa distribución de papeles “secundarios”) asume el papel *yin*. En la “madre”, esa tonalidad yang en su relación con el hijo ha de ser vista como una tonalidad “*yang en el yin*” (el yin permanece dominante). Simétricamente, en el hijo, su papel de “protegido” por la madre ha de ser visto como una tonalidad “*yin en el yang*” (mientras que la dominante permanece yang).<sup>23</sup>

Siguiendo con el mismo arquetipo de “la Madre” o lo “Maternal”, “La Madre” es universalmente sentida como dispensadora de *calor*, un calor carnal bienhechor, que se transmite con el contacto íntimo con su cuerpo, que rodea el nuestro. Ese calor es seguramente sentido como formando contraste con “el exterior”, “lo de fuera”, percibido como “frío” y (quizás también) como vagamente hostil, o al menos extraño. Ahora bien, la pareja

lo caliente – lo frío

es también una pareja cósmica, en la que “lo caliente”, sin la menor ambigüedad posible (¡al menos no a nivel “esencial”!) juega de nuevo el papel *yang*. Es decir, la connotación de calor asociada a la imagen arquetipo de lo maternal (imagen que habita en todo ser), es otra tonalidad de “yang en el yin”.

---

<sup>20</sup>Véase la página 8.

<sup>21</sup>Ver las notas “El ciclo” y “Los cónyuges – o el enigma del “Mal”” (nºs 116’, 117), especialmente la nota a pie de página en la página 534. En la frase que sigue se alude tácitamente esta última.

<sup>22</sup>En la nota “Conocimiento arquetipo y condicionamiento” (nº 112’), en una nota a pie de página en la página 504 (fecha hace dos semanas).

<sup>23</sup>Por supuesto que estos comentarios se refieren a la situación arquetipo “madre – hijo”, y estarían totalmente “fuera de lugar” en muchas situaciones *reales* de relación madre – hijo. El caso en que esa tonalidad de “yang en el yin” ocupa un lugar indebido, de forma que oblitera el tono de base yin, no es nada raro. Es el caso de la *sobre-protección* materna, señal de un desequilibrio ansioso en la madre, que se transmite al hijo sobre-protegido.

Sin embargo la imagen de la Madre representa, al mismo tiempo, la encarnación más completa y más profunda del *yin*, una encarnación presente en cada ser, y que engloba los demás símbolos arquetipos del yin, como la tierra, el mar, el agua. Ella es la que es *cercana*, lo *familiar*, lo *conocido*, lo que nos *lleva* y nos *nutre*, lo que nos ha concebido y nos dio a luz y nos da a luz de nuevo; y es también Aquella dispuesta a *acoger*nos, cuando aspiramos a regresar y a descansar. Por todo eso el conocimiento de la Madre habita en nosotros, y por eso asume unos rasgos marcados y únicos, que son muy yin. Y en nuestra relación con Ella, somos y seguimos siendo eternamente “el niño”, o “el hijo”, el niño Eros-con-flecha – tanto si nos alejamos, en busca de lo de Fuera, como si, al final de nuestro recorrido, retornamos a Ella. Y es así, seamos niños o viejos, hombre o mujer, montaña, río o mar, recién nacidos o prestos a morir...

#### 5. La ambigüedad creativa (3): la parte contiene al Todo

No he llegado hasta el final, e incluso me falta mucho, en la indagación de los aspectos yang, es decir “fálicos”, del arquetipo maternal que hay en nosotros. Todas las cosas son engendradas por la Madre, y no hay cosa en el Universo que no esté ya presente en Ella. Pero éste no es lugar para proseguir con ese tema, en estas páginas que supuestamente que sólo iluminan cierto trabajo de cartógrafo, que me propongo someter a la curiosidad de algún lector interesado.

Hay que decir que el arquetipo maternal, y la profunda relación de la criatura con lo “maternal”, constituyen una pareja yin-yang totalmente aparte de todas las demás, y de un alcance que supera al de cualquier otra pareja. (Tal es al menos mi convicción profunda). Por eso pudiera decirse que es de lo más “atípica”. En cuanto a las parejas “yin-yang” en general, sólo he tenido tiempo de examinar en unas pocas la dinámica de “inversión” (ocasional, o secundaria, o “inesencial”) de los papeles yin y yang. Sin poder asegurarlo, no obstante sospecho que tal dinámica debe de existir en todas las parejas yin-yang, o poco le falta, y estoy seguro de que al menos podría ponerlo en evidencia en un buen número.

He aquí otro ejemplo, el de la pareja

la parte – el Todo ,

donde la parte es yang en su relación con el Todo, que es yin. Pero es algo bastante familiar, me parece, para el que esté un poco inclinado a la reflexión filosófica, que muy a menudo la parte “refleja” fielmente el Todo, y por eso “lo contiene”, al igual que está contenida en él. Así, el hombre es una parcela del Cosmos, pero algunos han comprendido y nos aseguran que todo el Cosmos se refleja en nosotros, y que cada ser Lo contiene. Al nivel más pegado al terreno de la fisiología del cuerpo humano, el conjunto de órganos de nuestro cuerpo está inscrito tanto en la planta del pie como en el lóbulo de la oreja, o el iris del ojo. La expresión de un rostro, las líneas y formas de una mano, los trazos de la escritura, para el que sabe descifrarlos, revelan la persona entera. Y lo mismo ocurre con el sonido de la voz, la higiene corporal, y cada una de las ciento un maneras diferentes de expresarnos, a menudo sin saberlo, con el lenguaje del cuerpo. Las innumerables técnicas adivinatorias que el hombre ha imaginado y descubierto a lo largo del tiempo, parece que se fundan en ese mismo principio, que la parte (por imperceptible, por insignificante que pueda parecerle a una mirada superficial), expresa fielmente, y por eso lo “contiene”, al Todo.

Y una sola de nuestras células contiene la totalidad de la información cromosómica que llevamos dentro de nosotros y que transmitimos a nuestra descendencia. Creo que podría seguir acumulando páginas sobre otras ilustraciones. ¡Pero éste no es el lugar!

#### 6. La ambigüedad creativa (4): los extremos se tocan

(19 de marzo) Quisiera volver ahora un poco sobre la pareja

lo caliente – lo frío (o lo tibio)

que me encontré ayer de pasada. “Lo frío” se asocia al invierno, al largo letargo invernal de la naturaleza, al reposo, al silencio. Aspectos que ponen en evidencia su carácter “yin”. “Lo caliente” se asocia a los

calores del verano, a la exhuberancia de vida animal y vegetal, al movimiento y los sonidos que forman parte de esa exhuberancia – y esas asociaciones revelan su carácter “yang”.

Pero si el calor aumenta y se vuelve tórrido, esa exhuberancia de vida se adormece en un sopor que se parece mucho al letargo invernal, mientras que el único sonido audible, el de las infatigables cigarras, parece tejer una sábana sonora que nos envuelve y nos incita al reposo. Así, el calor extremo nos lleva al yin. Así es al menos cuando se manifiesta de manera difusa. *El fuego*, que representa su forma más concentrada, sigue siendo la encarnación irrecusable y universal del yang. Pero si el mismo calor del fuego, y de lo que está en contacto con él, aumenta y alcanza intensidades extremas, he aquí que los sólidos comienzan a fundirse y a transformarse en líquidos, y éstos a su vez se evaporan, para disgregarse al fin en un confuso y caótico torbellino de partículas, en el que toda forma y toda estructura parece desaparecer sin retorno. Así, al intensificar el calor-*yang* hasta sus grados más extremos, pasamos a estados que parecen yin, luego muy yin, para terminar al fin en el extremo-yin del caos original.

En sentido inverso, un frío extremo parece llevarnos al yang. Ya los fríos del invierno, en los países que conozco, hacen que el agua fluida y vivaz se congele en duro hielo, cortante y frágil – de elemento yin por excelencia, ¡se transforma en yang! Y los que conocen los inviernos rigurosos saben como yo que el frío intenso “muerde” y “quema” igual que el fuego. Es por eso que las brillantes nieves del invierno alpino pueden parecernos “ardientes”. Si el frío aumenta, el mismo aire se volverá líquido, y después sólido. Para el físico, el estado de frío más extremo, el estado extremo-yin donde cesa todo movimiento intermolecular, es al mismo tiempo un estado extremo-*yang*, en el que toda fluidez gaseosa o líquida desaparece sin retorno. Es el estado de la mayor concentración y de la solidez absoluta de toda cosa.

Tales “anomalías” o “paradojas” son típicas de la dialéctica del yin y del yang. Hace veinte años, cuando aún no había oído pronunciar las palabras “yin” o “yang”, seguramente me hubieran hecho rechazar de plano, como una vasta fantasmagoría inconsistente, la supuesta “filosofía” del yin y del yang, si alguien se hubiera atrevido a hablarme de ella. Hizo falta que un día viviera el descubrimiento de mi doble naturaleza “femenina” y “masculina”, para abrirme, en los años siguientes, a la realidad del juego del yin y del yang en mí mismo y en toda cosa...

La clase de metamorfosis que acabo de intentar describir aquí con un ejemplo particular, ciertamente es bien conocida y desde siempre. Se dice que “*los extremos se tocan*”. Para un matemático como yo, eso suscita la visión de un círculo. Esto sugiere la visión geométrica siguiente:

El sentido de recorrido del círculo  $ABB'A'$  representa el sentido “yang hacia yin”. El arco  $\widehat{AB}$  representa una “realización” particular de una pareja yang ( $A$ ) – yin ( $B$ ). Cuando  $A$  varía hacia  $A'$  para ocupar una posición “extremo-*yang*”, o  $B$  hacia  $B'$  hacia una posición extremo-yin, o ambos a la vez, el nuevo “par” (digamos  $(A', B')$ ), representado por el arco corto que une  $A'$  con  $B'$ , se encuentra *invertido*: el sentido de recorrido nos lleva de  $B'$  a  $A'$  (y no a la inversa), de modo que ahora la nueva posición  $A'$  de  $A$  pasa a ser el polo *yin*, y la nueva posición  $B'$  de  $B$  pasa a ser el polo *yang*.

Pero en cuanto a saber si esta imagen simplista propia de un matemático es capaz de estimular una comprensión de la naturaleza de las relaciones entre el yin y el yang, ésta es otra historia...

## 7. Mis perplejidades “continente – contenido” y “lo pesado – lo ligero”

En las anteriores parejas yin-*yang*, la cuestión de los papeles yin y yang no parece ofrecer particular dificultad. Si las he introducido aquí, es sobre todo para ilustrar con ellas ciertas particularidades del

juego entre el yin y el yang, que se encuentran en forma parecida en muchas otras parejas, si no en todas. Para concluir estos preliminares, quisiera señalar también algunas parejas en que la distribución de los papeles me ha llevado a ciertas perplejidades.

Ya nos habíamos encontrado el caso de la pareja

continente – contenido (o envolvente – envuelto)<sup>24</sup> ,

cercana a las parejas menos problemáticas

exterior – interior, superficie – profundidad, forma – fondo ,

en que la distribución de papeles (yang-yin en este caso) no da lugar a ninguna perplejidad, y nos sugiere (con razón) que “el continente” tiene función *yang*, y “el contenido” hace de yin. Lo que al principio me indujo a error fue la analogía con las parejas (esta vez yin-yang)

matriz – embrión, vagina – pene .

En éstas, la relación geométrica exterior – interior parece accesoria ante otros aspectos más importantes: la matriz *alimenta* al embrión, que se aloja y *arraiga* en ella; y la vagina *recibe* al pene, que *penetra* en ella (incluso haciendo abstracción de la connotación sexual directa, ¡que no deja lugar a ninguna ambigüedad!).

En muchos otros casos, en que una cosa rodea a otra, la relación yin-yang no está determinada por la mera configuración. Un ejemplo llamativo es el de los dos pares

cáscara (de una nuez) – nuez ,

y

pulpa (de un melocotón o un albaricoque) – hueso ,

En el primer caso, la cáscara dura tiene por función proteger el interior, que representa el elemento nutritivo, es una distribución de papeles yang-yin (conforme a la configuración). En el segundo caso es a la inversa, y es la pulpa la que representa el elemento nutritivo, y el hueso juega el papel del embrión que anida en la matriz-pulpa.

En las dos parejas cercanas

presencia – ausencia, lo lleno – lo vacío ,

(cercanas también a las parejas “afirmación – negación” y “positivo – negativo”), la distribución de papeles es yang-yin, igual que en la pareja

concentración – disponibilidad ,

donde la concentración es percibida como un estado “lleno”, y la disponibilidad como un estado de “vacío”, en conformidad con la segunda de las parejas introducidas hace un momento. Sin embargo, el estado de concentración puede ser visto como un estado de *ausencia* (hacia toda cosa que no sea aquella sobre la que uno se concentra), y la disponibilidad como un estado de *presencia* (hacia todo lo que pudiera solicitar nuestra atención). Así esta pareja pudiera sugerir la existencia de una pareja yang-yin que sería

ausencia – presencia .

Ésta es en efecto una pareja, pero yin-yang (inversa de la pareja yang-yin de hace poco “presencia – ausencia”). Esta aparente paradoja se resuelve, me parece, por la observación de que la traducción de “concentración” por la noción parecida de “ausencia” es aproximada y pasa por alto un aspecto esencial: que esa supuesta “ausencia” sólo es parcial, y que frente a la cosa sobre la que nos concentramos, hay por el contrario una “presencia” tanto más intensa, que compensa (de alguna manera) la ausencia en otras direcciones.

---

<sup>24</sup>Ver el comienzo de la nota “Conocimiento arquetipo y condicionamiento” (nº 112’).

Este ejemplo, entre otros, nos muestra que el juego de las analogías, que es una guía valiosa y claramente indispensable para orientarse en la dinámica del yin y del yang, no es sin embargo infalible, y requiere ser manejada con destreza y con cierta prudencia.

He aquí tres parejas cercanas a “concentración – disponibilidad”,

lo pesado – lo ligero, lo denso – lo diluido, lo concentrado – lo difuso ,

en las que me ha costado un poco convencerme de cuál era la distribución de los papeles yin y yang. (Sin embargo sentía, sin posibilidad de duda, que se trataba de parejas complementarias.) Una de las razones de mi perplejidad, es que lo pesado, lo denso, lo concentrado, igual que el agua, tiende a ir hacia abajo (lo que es un típico carácter yin), mientras que lo que es ligero tiende a subir, carácter yang. Una segunda perplejidad proviene de la comparación con la pareja

lo abstracto – lo concreto ,

donde para mí es muy evidente que “lo abstracto” es yang, y “lo concreto” es yin, en conformidad con parejas como “espíritu – cuerpo”, “razón – sensibilidad”, “lógica – intuición”. Ahora bien, con razón o sin ella, para mí “lo concreto” se asocia a la idea de densidad, de peso, y por contra “lo abstracto” a la idea de lo difuso y de lo liviano. Son indicaciones concordantes que me habían hecho suponer en cierto momento (sin convicción total, es cierto) que lo pesado o lo concentrado era *yin* en relación a lo ligero y lo difuso, que sería *yang*. Sin embargo terminé por convencerme de lo contrario (lo que está de acuerdo, parece ser, con la concepción tradicional china). Supongo que son las asociaciones con otras parejas (que he terminado por colocar en el “grupo” que llamo “lo pesado – lo ligero”) las que terminaron por despejar mal que bien mis perplejidades. Pero reconozco que aún no tengo todavía el sentimiento de haber comprendido en qué son falaces esas dos analogías que me habían inducido a error.

#### 8. En busca de la unidad

La pareja que acabo de señalar, “lo abstracto – lo concreto”, debería ser confrontada con la pareja, cercana en varios aspectos<sup>25</sup>

lo particular – lo general

(que puede ser vista como una variante de la pareja considerada ayer, “la parte – el Todo”). De nuevo es una pareja yang-yin, aunque a primera vista pudiera sugerir una simple inversión de términos en la pareja precedente. En otros términos, unos reflejos automáticos tenderían a hacernos asimilar “lo concreto” con “lo particular”, y “lo abstracto” con “lo general”. Pero a poco que se piense un momento sobre estas dos parejas, uno se da cuenta de que expresan relaciones muy diferentes. La relación de “lo particular” con “lo general”, acabo de decirlo, es la de “la parte” al “Todo” – lo general “contiene” o “implica” lo particular, igual que el Todo contiene a la parte. Ésa no es la relación que existe entre “lo concreto” y “lo abstracto”. La cosa concreta puede ser vista como una “realización”, o una “encarnación” o una “manifestación” de cierta noción abstracta que nos recuerde de una manera u otra. Así un caldero de cobre, o mejor su borde, es una realización de la noción de círculo, y la superficie de un balón de cuero (o del planeta tierra...) es una realización de la noción de esfera. Nadie pensaría en decir que la noción de esfera, digamos, “implica” o “contiene” el objeto concreto que es un balón de fútbol que señalo con el dedo, y cuya forma (aproximadamente esférica) no es más que un aspecto entre muchos otros, de los que ninguno ni todos juntos sería capaz de agotarlo.

Es cierto que lo propio del pensamiento es captar mal que bien “lo concreto” con “lo abstracto”, justamente con el *pensamiento*, vehículo privilegiado (y tal vez único) de “la abstracción”. Dicho esto, según el temperamento de cada uno, el pensamiento tenderá a seguir formas con mayor o menor grado

<sup>25</sup>Al principio incluí esas dos parejas “lo abstracto – lo concreto” y “lo particular – lo general” en el mismo grupo “la parte – el Todo”. Ahora la primera de esas parejas forma parte del grupo “lo simple – lo complejo”, que terminé por desgajar del grupo inicial (véase una nota al pie de la página 3).

de abstracción. El pensamiento matemático es uno de los más abstractos, ciertamente. Pero incluso en el pensamiento matemático, hay un gran número de grados de abstracción diferentes<sup>26</sup>, según el tipo de reflexión que se siga. Pero sea cual sea el nivel de abstracción en que uno se sitúe, ese nivel no es por sí mismo (me parece) ni “general”, ni “particular”. De hecho, siempre tiene algo de “general”, y de “particular”. Todo lo que se sabe de lo general se aplica ipso-facto a lo particular. Pero en lo particular hay además unos rasgos “individuales”, diferentes de un “caso” a otro, y que hacen que no se reduzca a una mera “copia compulsada” (en más pequeño) de lo “general”.

En una ciencia dada (como la matemática), según el temperamento particular del investigador, y según el espíritu de los tiempos o la moda del momento, su trabajo puede versar sobre cosas más o menos generales, o más o menos particulares. En todo caso, ese trabajo tendrá lugar en el contexto de un pensamiento necesariamente “abstracto”.

Pero independientemente de toda moda y de todo espíritu de la época, parece que el pensamiento científico, por su misma naturaleza, no puede dejar de volver una y otra vez a la búsqueda de lo que es *común* en la desconcertante multiplicidad de situaciones particulares, de captar por tanto “*lo general*” que une y engloba la infinita profusión de lo particular. Dicho de otro modo, parece que es inherente al espíritu mismo del “pensamiento científico” el buscar *la unidad* a través de la inagotable diversidad de los fenómenos. Lo mismo puede decirse, quizás, de todo pensamiento que reflexione, y se esfuerce en sondear y conocer el Mundo en alguno de sus aspectos. Incluso tal vez sea ese un rasgo universal del impulso de conocimiento que tenemos, y que nos empuja sin cesar, lo queramos o sepamos o no, a buscar lo *Uno* a través de lo múltiple. Y en la pareja yang-yin que expresa esa búsqueda,

multiplicidad – Unidad

o

lo múltiple – el Uno ,

no puedo dejar de sentir que yo mismo soy ese “múltiple” en busca de la unidad, elusiva, inalcanzable – “a la vez muy lejana, y muy cercana, a la vez bien-conocida, y llena de misterio”...

#### 9. Generalidad y abstracción – o el precio que hay que pagar

(20 de marzo) Después de repasar las notas de anoche, mis pensamientos siguieron girando sobre “lo abstracto” y sobre “lo general”. Acabo de decir (más o menos) que no tienen nada que ver el uno con el otro – como prueba el que las dos parejas en que se insertan espontáneamente,

lo abstracto – lo concreto,    lo particular – lo general ,

sean muy diferentes, ¡sin contar que “lo abstracto” juega un papel yang, y “lo general” un papel yin! Sin embargo, me quedaba una insatisfacción difusa, una impresión de no haber visto bien todavía cierta situación, formada por esas “cualidades”. Había apartado la semejanza entre “abstracción” y “generalidad”, calificándola de “reflejo automático”, ¡pero seguía rondándome en la cabeza! En cuanto a “lo

---

<sup>26</sup>En matemáticas, el grado de abstracción de una noción puede explicitarse en cierta medida con ayuda de la noción técnica de “estructura” (introducida por Bourbaki). A toda “clase de estructura” se le asocia un número natural, que se puede llamar su “*rango*”, y que expresa hasta qué “escalón” hay que subir en la “escala de tipos” de estructuras (virtuales), asociada a los “conjuntos de base” que intervienen en la descripción de la clase de estructura considerada. Puede considerarse que ese rango mide el grado de “complejidad” o de “abstracción” de ésta. Una noción matemática (se trate de un tipo de *objetos* matemáticos, o de una *propiedad* de los objetos de un tipo determinado) puede ser considerada tanto más abstracta cuanto más elevados sean los escalones de las clases de estructura que intervienen en ella. Me parece que esta descripción se corresponde aproximadamente con la impresión (subjetiva) de “mayor o menor grado de abstracción” de una noción matemática. Sin embargo falla en los casos, cada vez más numerosos, en que una noción matemática se basa en el lenguaje y las intuiciones específicas ligadas al punto de vista de las “categorías” (en el que la “equivalencia” de categorías, y no el “isomorfismo”, constituye el criterio de comparación entre categorías diferentes). Por dar un ejemplo: la noción de *topos* (como una categoría que cumple ciertas propiedades) sería un caso de “ley de composición no definida en todas partes”, que ningún matemático profesional calificaría de terriblemente abstracta. Sin embargo, no debe haber ningún matemático al que la noción de *topos* (en tanto que encarnación de una intuición topológica llamada a sustituir a la noción de espacio) ¡no le parezca muy abstracta!

concreto” y “lo particular”, de acuerdo, parece que son cualidades de naturaleza muy diferente. Pero no podía dejar de sentir cierta afinidad, o cierta atracción (y será muy fino el que diga si es una u otra...), entre “abstracción” y “generalidad”. Ese sentimiento es el que quisiera analizar ahora.

Lo que es seguro, es que *no* me atrae la abstracción, por sí misma, digamos que en mi trabajo matemático. La abstracción creciente, que se manifiesta con la introducción de nociones cada vez más “sofisticadas”, jamás me ha asustado, eso es un hecho. Pero ése es un aspecto de las cosas al que jamás he prestado atención. Más o menos abstracto, a mí me da igual (en el trabajo matemático, quiero decir), y, por decirlo todo, ni me doy cuenta. No soy yo, ni un deseo o impulso que haya en mí, el que manda en ese aspecto. Sino que son las cosas que estoy sondeando, las que me dictan lo que tengo que hacer, y por eso mismo, cuál es el “nivel de abstracción” en el que tengo que trabajar. Es como con las marchas de un coche – no es el conductor el que decide las marchas (según sus preferencias y gustos), sino que es la carretera la que le dice: aquí vas cuarta, allí pasas a tercera etc.

Sé que mi relación con la abstracción en el trabajo matemático no tiene nada de típico, entre los matemáticos. Casi todos tienen una especie de “umbral” personal, cierto grado de abstracción que están dispuestos a “tolerar”. Más allá, se “descuelgan”. Según el temperamento, lo hacen con sentimientos de pena, como si fuera por un desfallecimiento (“lo siento, no consigo seguirte en ese juego...”), o con un tono de altivez más o menos velada, como diciendo: todo eso es bien abstracto y puede que sea un camelo, visto que no tengo ganas de seguirte...

Hoy es la primera vez que constato ese “umbral” evidente. Me costaría mucho decir, así “a primera vista”, en qué medida ese “umbral” está determinado por un *temperamento*, y en qué medida es consecuencia de una *elección* (en la que la influencia del medio ambiente tendrá, casi siempre, mucho peso). Pero puedo decir que entre los matemáticos que conozco personalmente, como mucho hay tres en los que tengo la impresión de que ese umbral no existe igual que no existe para mí<sup>27</sup>. En esos tres casos, sin embargo, en un periodo posterior he podido constatar un propósito deliberado de desdén hacia una abstracción considerada como “excesiva”, “gratuita”, “inútil”...<sup>28</sup>. Ahí hay pues unas elecciones, ligadas (entre otras) a la moda del momento (de la que ya he hablado). En esos tres casos particulares, esas elecciones juegan, desde un punto de vista práctico, el mismo papel que el “umbral” del que he hablado.

En mi trabajo como matemático, jamás he buscado ni rehuido la abstracción. Por contra puedo decir que si hay algo que en todo momento me ha atraído y fascinado, es la búsqueda de la *unidad* en la multiplicidad de los fenómenos. Dicho de otro modo, la fuerza que constantemente me empuja, como un oscuro instinto, es la de aprehender sin cesar y desentrañar lo que es *común* en situaciones que pueden parecer dispares. Por decir un aforismo: he descubierto, o sé por instinto y desde siempre, que “la diferencia” pertenece a la superficie, y que el parentesco aparece en lo profundo. Así es cómo la búsqueda de la unidad me ha llevado a menudo, sin haberlo buscado, e incluso sin que me diera cuenta, a bucear en lo hondo.

Buscar lo común en lo dispar, o el parentesco en lo disímil, es también buscar “*lo general*” a través de lo particular. En un momento en que la moda matemática es despreciar la generalidad (equiparada a “generalidades” gratuitas, incluso a niñerías), puedo constatar que la fuerza principal que se manifiesta a través de toda mi obra matemática ha sido la búsqueda de lo “general”. Es cierto que prefiero poner el acento sobre *la unidad* más que sobre “la generalidad”. Pero para mí son dos aspectos de una sola y misma búsqueda. La unidad representa el aspecto profundo, y la generalidad el aspecto superficial. Esos aspectos se manifiestan, uno por la percepción del “parentesco”, y el otro por la de una “semejanza” o un “parecido”.

---

<sup>27</sup>Los matemáticos en cuestión son Pierre Cartier, Pierre Deligne y Olivier Leroy. Supongo que no son, conmigo, los únicos de su especie. Pero en el limitado círculo de los matemáticos que he frecuentado personalmente, me parece que son los únicos.

<sup>28</sup>Además me parece que en tal actitud se mezcla siempre la sempiterna confusión entre “generalidad” y “abstracción”.



Las páginas anteriores aclaran la diferente naturaleza de “abstracción” y “generalidad” (que representa la “vertiente” superficial de la “unidad”). Aún añadiría que ¡jamás he percibido en nadie un “umbral” en lo que se refiere al grado de generalidad que se puede tolerar sin reventar! Sería difícil (por ejemplo) encontrar una afirmación “más general” que la que dice que todas las cosas de la Creación han de nacer y morir. Su sentido es claramente percibido por todos, sin que para eso haga falta saber leer ni escribir ni contar. Cada uno tiene cierta comprensión, más o menos superficial o profunda, del *hecho* tan simple que expresa. Por el contrario, la afirmación de menor alcance “dos más uno es igual a uno más dos”, a causa de su carácter abstracto (por modesto que sea para un matemático), es sin duda incomprensible tal cual para la mayoría de los seres humanos (salvo que se explicita laboriosamente con ciertos ejemplos concretos).

Pero la cosa notable sobre la que quisiera volver es que parece que, al menos *al nivel del pensamiento científico, la investigación de la generalidad va acompañada necesariamente*, lo queramos o nos demos cuenta de ello o no, *de una abstracción creciente*. Lo constato aquí como una mera verdad experimental, que conozco en primer lugar por mi propio trabajo matemático, pero que también me es confirmado por lo que sé sobre la matemática y las otras ciencias, y sobre la historia del pensamiento científico. Mi propósito aquí no es sondear las razones de ese hecho<sup>29</sup>, sino sobre todo constatarlo.

En términos de una dinámica yin-yang en la progresión del pensamiento científico, esta constatación podría formularse así. La búsqueda de “la unidad” a través de la diversidad, de “lo general” a través de lo particular, es también la búsqueda de cierta *tonalidad yin* en nuestra aprehensión y comprensión de las cosas. Esa búsqueda parece llevarnos pues a una modalidad “más y más *yin*” en nuestro entendimiento de las cosas. Por otra parte esa búsqueda parece ir acompañada necesariamente de una abstracción creciente, lo que es decir también de una intensificación de cierto aspecto yang de nuestra aprehensión de las cosas. Ésta se haría, con esa misma búsqueda, “más y más *yang*”.

Sería tentador ver esas dos progresiones en sentidos opuestos, una hacia el yin y la otra hacia el yang, como una forma de mantener un *equilibrio* yin-yang en el pensamiento. Sin embargo dudo que esa interpretación sea pertinente. Para que lo fuera, haría falta que “generalidad” y “abstracción” formasen una pareja yin-yang, lo que no es el caso. La dinámica que las liga, claramente, ¡no es la de una pareja! Más bien se diría que “la generalidad” (o “la unidad”) es *lo que buscamos*, al parecer por instinto, más allá de las fluctuaciones de las modas y los espíritus de los tiempos; y “la abstracción” sería entonces “*el precio*” que hay que pagar, lo queramos o no — a menos cuando uno se limita al pensamiento científico, o al pensamiento sin más...

Como ya he dicho, dentro de mi trabajo matemático, ese “precio a pagar” jamás me ha pesado. Pero parece que en este aspecto, mi caso es más bien atípico – y la suerte de mi obra, aprovechando mi “deceso” prematuro, está ahí para confirmarlo. En todo caso, veo muchos otros “precios” que también hay que pagar, y que me parecen con mayores consecuencias que éste<sup>30</sup>. Pero éste no es lugar para

---

<sup>29</sup>(1 de abril) La reflexión vuelve sobre “la abstracción” en las secciones 20 a 24. Sin haberlo buscado, me parece que también ilumina el “hecho” aquí constatado de cierta relación estrecha entre “abstracción” y “generalidad”.

<sup>30</sup>Están los precios “externos” (los “daños colaterales” de la ciencia), y los precios “internos”, que también deberían ser examinados de cerca. Ante todo pensaba en la *división* del saber, que se deja sentir dentro de una ciencia particular como la matemática, y (a fortiori) en el conjunto de nuestro conocimiento científico del mundo. Si presento aquí esa división como el “precio a pagar” por nuestra “búsqueda de la unidad”, eso puede parecer una extraña paradoja. Sólo me doy cuenta ahora, y jamás he pensado en mirarlo más de cerca. En todo caso estamos forzados a constatar ese fenómeno de *explosión* del saber, incluso dentro de una ciencia determinada como la matemática. Quisiéramos “converger” hacia una elusiva unidad, hacia una comprensión que fuera al mismo tiempo una visión de conjunto, que incluyese lo esencial de lo que es conocido y sentido en matemáticas. Pero dudo que hoy haya alguien en el que habite tal comprensión y tal visión. Se tiene la impresión, por el contrario, de una “*divergencia*” en el proceso de progresión del pensamiento, matemático en este caso. Me parece que ese fenómeno supera toda cuestión de fluctuación de las modas. Presiento que manifiesta cierta limitación inherente al mismo pensamiento, o al menos al “pensamiento científico”, como herramienta de aproximación y como forma de conocer el Universo. Que en el pensamiento de una persona, la “extensión” del conocimiento que alcanza el pensamiento, y la “profundidad” de ese mismo conocimiento, no pueden crecer ambos y desposarse, más que dentro de ciertos límites, que nos sería imposible traspasar en el estado actual de las cosas. Pretender trascender esos límites, significa dedicarse a

examinarlos.

## 10. Historias de icosaedros y de árboles de Navidad

(21 de marzo) Esta noche he seguido dándole vueltas y vueltas en todos los sentidos, a fin de impregnarme bien de ellas, a las parejas yin-yang que representan modos de aprehensión de la realidad con el *pensamiento*. Sobre todo me he detenido con la pareja

lo simple – lo complejo ,

y sobre sus relaciones con las parejas examinadas ayer y anteayer. Esto me ha llevado, tirando del hilo, a tener que echar mano de otras parejas notables. (pienso volver sobre esto pronto.)

Después de eso, mis reflexiones se fueron en una dirección bastante diferente, movidas por el deseo de llegar a una comprensión (“formal”, o “matemática”) global del conjunto de todas esas “parejas”, que giran alrededor de esa realidad delicada y compleja que es el pensamiento. Antes ya había tenido que dividir en seis grupos el conjunto de esas parejas – el grupo “lo simple – lo complejo” acababa de independizarse, escindiéndose del grupo “la parte – el Todo” (alias “lo preciso – lo vago”, alias “precisión – generalidad”). Con eso eran seis, justamente, las “puertas sobre el Universo” que se abrían hacia el pensamiento reflexivo. Constaté que dos grupos cualesquiera de esos seis estaban ligados por alguna afinidad irrecusable – eso hacía pues  $6 \cdot 5/2 = 15$  aristas, sin más que unir los vértices correspondientes en mi diagrama de árbol de Navidad. Esto me llevó a rehacer el trazado de esa parte del diagrama, obteniendo un colgante hexagonal estrellado de lo más bonito, en la parte izquierda del árbol.

Tal vez incluso debiera haber dibujado un icosaedro regular en vez de un hexágono, interpretando mis seis vértices como los seis pares de vértices opuestos (o “antípodos”) que se forman con los doce vértices del icosaedro. Las quince aristas “cósmicas” se corresponderían entonces con los quince pares de aristas opuestas (i.e. que se corresponden por la simetría respecto del centro del icosaedro), formados con las treinta aristas del icosaedro. En otros términos, la parte del grafo que aquí me interesa (que se pudiera llamar el subgrafo “Pensamiento”) puede verse como estando formado por los vértices y las aristas de una configuración poliédrica que me es muy familiar, y que llamo “*icosaedro alabeado*”. Es la que se deduce del icosaedro ordinario (visto, digamos, como un “enlosado” de una superficie de forma esférica) identificando los puntos “antipodales” (o “diametralmente opuestos”, i.e. simétricos respecto del centro).

Esta interpretación no tendría interés filosófico, más que si esa representación del grafo que me interesa (el “grafo Pensamiento”) como el “1-esqueleto” de un icosaedro alabeado<sup>31</sup>, fuese “*canónica*” (en un sentido que será evidente para todo matemático que haya desarrollado la intuición de lo “canónico” y lo “no canónico”). Esto significa que entre las veinte “ternas” (o conjuntos de tres elementos) posibles de vértices que se pueden formar con los seis vértices considerados, habría una manera natural de elegir diez de ellas (que se llamarían “caras”), que se corresponderían justamente con las diez caras del icosaedro alabeado (correspondientes a los diez pares de caras opuestas que se pueden formar con las veinte caras del icosaedro ordinario)<sup>32</sup>. De hecho, dado un conjunto de seis elementos, hay doce maneras de elegir un

---

la progresión de un “saber colectivo”, que sustituya al saber individual, y a la comprensión personal que éste encarna. Es justamente ese “saber colectivo” el que me parece que es de esencia “dividida”, “parcelada”, “divergente”. Tal saber no tiene cualidad de “conocimiento”, de comprensión, de visión. Esa cualidad es del orden de la persona, es ajena al grupo, y más aún a sus “bancos de datos” y a sus parques de ordenadores.

<sup>31</sup>Se llama “1-esqueleto” de un poliedro a la configuración (de dimensión 1) formada únicamente con los vértices y aristas, olvidando las caras.

<sup>32</sup>Por supuesto, la “terna” asociada así a una cara (que siempre es un triángulo) no es otra que la formada por sus tres vértices.

Póngase atención en que *no* cualquier “paquete” de diez ternas de entre seis “vértices” (ternas que se llamarían “caras”) se corresponde con una estructura icosaedral sobre ese conjunto de vértices. El número de tales “paquetes de diez” es muy grande, del orden de miles de millones, mientras que sólo hay doce estructuras icosaedrales sobre un conjunto de seis vértices. La propiedad característica, para que un “paquete de diez caras” describa una estructura icosaedral, es que cada “arista” (i.e. cada par de elementos del conjunto  $S$  de vértices) esté contenida exactamente en *dos* “caras”.

paquete de diez ternas, de manera que se obtenga una configuración icosaedra (alabeada). Si hablo aquí de una “manera natural” de elegir una de esas doce estructuras icosaedrales, eso significa, por supuesto: una manera que esté ligada de alguna manera “evidente” e irrecusable al *significado* de cada uno de nuestros seis vértices y del conjunto que forman.

La primera idea que se me viene, sobre esto, es ésta. Una terna de vértices corresponde a tres de nuestros seis grupos de parejas cósmicas, y la reunión de esos tres grupos es ella misma un conjunto (o una “agrupación”) de tales parejas. Éste describe sin ambigüedad la terna de vértices de la que se ha partido. En otros términos, las veinte ternas posibles se corresponden (“biunívocamente”) a veinte “agrupaciones” *diferentes* de parejas cósmicas sobre “el pensamiento”. Supongo que mirando una a una esas veinte agrupaciones (lo que no he tenido tiempo de hacer), algunas parecerán, teniendo en cuenta la significación de las diferentes parejas que la componen, “artificiales”, como una agrupación “hecha a batiburrilo”. Por el contrario otras tendrán un aspecto “razonable”, representarán algún aspecto interesante (filosóficamente hablando) de la aprehensión “discursiva” de la realidad (i.e. de la aprehensión por medio del pensamiento)<sup>33</sup>. Dicho esto, no es impensable (pero, tal cual, sin duda es demasiado bonito para ser verdad) que ese segundo caso favorable, el de una terna que se pudiera llamar “significativa” (filosóficamente hablando), se produzca exactamente diez veces, y que las diez ternas o “triángulos” en cuestión se interpreten como las “caras” de una de las doce estructuras icosaedrales (alabeadas) sobre nuestro conjunto de seis vértices.

Es una pena que Kepler ya no esté aquí para leerme, pues seguramente esta historia del icosaedro cósmico, por hipotética que sea (no es eso lo que le molestaría, ¡muy al contrario!) ¡no dejaría de electrizarle al punto! Además ya he pensado en él más de una vez, desde que me he puesto a dibujar mi grafo, diciéndome que en mi lugar, seguramente no dejaría de trazar un grafo asombroso, en el que estuvieran si puede ser todos los poliedros regulares a la vez. Y he aquí que estoy a punto de dar con un icosaedro. Seguramente patino...

Sin embargo no he seguido intentando poner el dedo sobre el hipotético “icosaedro del pensamiento”. Ayer y hoy he continuado con mi tarea, revisando el diagrama en su conjunto. He completado la parte derecha de mi árbol de Navidad, independizando en grupos separados dos paquetes de parejas, girando uno alrededor de “*auge – declive* (y también “nacer – morir”, y “creación – destrucción”), y el otro alrededor de “*el bien – el mal*”. (Esos paquetes formaban parte hasta ayer de los grupos “lo alto – lo bajo” y “alegría – tristeza”.) Además, esto me ha llevado a formar un nuevo grupo “*grandeza – pequeñez*” (¡alias mi amigo “el gigante – el enano”!), de manera que forme con los dos nuevos grupos anteriores, y con el grupo “alegría – tristeza”, otro bonito colgante, esta vez cuadrado. De éste pende en fin, tal cual, el paquete formado con los cinco grupos que se refieren a “*las cuatro direcciones*” en el espacio-tiempo. La simetría inicial entre el lado izquierdo (yin) y derecho (yang) del árbol se ha deshinchado con el paso de las horas. ¡Pero cada vez se parecía más a un árbol de Navidad! Para que quede más bonito, le he puesto al árbol una especie de rosetón con los cuatro puntos cardinales (y al mismo tiempo, tácitamente, las cuatro estaciones), que une el grupo “luz – sombra” (en el que figuran las parejas “sur – norte” y “verano – invierno”), en el tronco del árbol, con el grupo “auge – declive” (en el que figuran “este – oeste” y “primavera – otoño”), en la punta de las ramas. Es sólo para hacer bonito, no le he puesto ningún número.

---

<sup>33</sup>Por ejemplo, tal es el caso en cada uno de los dos triángulos inscritos en el “colgante” hexagonal, y que forman la “estrella de David” inscrita. Uno, descrito por las tres parejas

la parte – el Todo, multiplicidad – Unidad, efecto – causa ,  
puede ser visto (en términos de la reflexión que viene a continuación, “Deseo y necesidad – o el camino y el fin”, PU nº 11) como representante del “deseo”, y el otro, descrito por las tres parejas

lo simple – lo complejo, estructura – substancia, orden – caos ,  
como representante de la “necesidad”. Además esto muestra ya que el “no es impensable” de la frase que sigue es “demasiado bonito para ser verdad”. Pues una terna y su complementario no pueden representar dos caras de una misma estructura icosaedra.

En fin, revisando mis listas, he visto que haría bien, en el tronco del árbol, en independizar un grupo “autoridad – obediencia” (alias “amo – servidor”) que estaba incluido en el grupo “fe – duda”, y lo mismo con el grupo “lo fuerte – lo débil” (alias “intensidad – delicadeza”), que formaba parte del grupo “firmeza – dulzura”. Hay pues once vértices en el tronco en vez de nueve, y siete en el lado izquierdo, diez en el lado derecho, lo que hacen  $11 + 7 + 10 = 28$  vértices en total<sup>34</sup>.

¡Creo que ya he terminado de dibujar mi árbol!

¡Y tanto peor para el icosaedro!

#### 11. Deseo y necesidad – o la vía, y el fin

Quisiera continuar un poco con mi exploración del pensamiento que explora y reflexiona, siguiendo el hilo conductor irremplazable proporcionado por la dinámica del yin y del yang. Durante la reflexión realizada anoche “emborrondando”, desentrañé dos “paquetes” de parejas yin-yang. Me parecía que ponían en evidencia dos tendencias (o fuerzas, o impulsos...) de alguna manera complementarias, que me parecen inherentes al “pensamiento”. He aquí los dos paquetes:

la parte – *el Todo*  
lo particular – *lo general*  
multiplicidad – *unidad*  
efecto – *causa*  
pureza – *fecundidad*

y

*lo simple* – lo complejo  
*lo abstracto* – lo concreto  
*lo preciso* – lo vago  
*orden* – caos  
*estructura* – substancia

He puesto en cursiva, en cada una de estas diez parejas, el término que me parece constituir, en un sentido que tendré que precisar, una especie de “polo de atracción” para el pensamiento – una tonalidad que parece buscar por instinto. Nótese que en el primer paquete, son los términos “yin” los que figuran como “atractores”, mientras que en el segundo, son los términos “yang”.

Hay que entender de una vez por todas que en esta reflexión, cuando hablo de “pensamiento”, sobrentiendo que se trata del pensamiento “manos a la obra”, como una herramienta entre las manos del obrero-niño que actúa a través de nosotros. Es una herramienta entre otras, que puede servir para explorar el mundo. Bien sé, además, que esa herramienta no está sólo a disposición del impulso de conocimiento que hay en nosotros, ni con mucho. Más a menudo que para explorar el Mundo y descubrir cómo está hecho, el pensamiento nos sirve para hacernos de ese Mundo y de nosotros mismos, y a mantener contra viento y marea, una imagen hecha para satisfacernos y tranquilizarnos, y aparte de eso, para ayudarnos mal que bien a realizar ciertas ambiciones que nos son muy queridas, si se puede. Está el pensamiento que *descubre*, igual que está el pensamiento que *recubre* (o que elude). Pueden cohabitar en la misma persona, y a veces se confunde uno con el otro – sin embargo ¡no se parecen en nada! Uno está animado por la sed de conocer, y el otro por el miedo a conocer. Pero, a falta de captar a primera vista cuál de esas dos fuerzas está en acción, se distinguen por sus frutos. En lo que voy a decir, *nada* se aplica al pensamiento “segunda manera” (¡con mucho el más corriente!), el pensamiento al servicio del “patrón” que hay en nosotros. Cuando es él el que está en primera fila, y aunque fuéramos el hombre más inteligente, el más culto, el más sabio del mundo, no hay silogismo tortuoso o petición de principio,

<sup>34</sup>(15 de abril) Hay un grupo 29 que he añadido in extremis, hace una semana. (Ver el comienzo de la sección “Las Puertas sobre el Universo”, n° 25.

ni confusiones groseras que no se den por buenas y acertadas, para “demostrar” o justificar lo que ha de ser “demostrado” o justificado. La abstracción y la generalidad (en ese momento, quiero decir) le sirven (a veces con maestría) para ahogar un pez<sup>35</sup> que pudiera parecer imposible de ahogar; la simplificación, para poner en el mismo saco cosas que claramente no tienen nada que ver, y la precisión, para afirmar con aire perentorio y “con la mejor fe del mundo” cosas que bien se sabe que en el fondo son falsas. No es ese pensamiento del que voy a intentar ahora captar algunos aspectos llamativos.<sup>36</sup>

El atractivo que ejercen sobre nosotros los “atractores” del primer grupo, y los del segundo, me parecen que no son de la misma naturaleza. Si intento describir esa naturaleza con un único término sugestivo, en uno y otro caso, diría que en el primero la atracción es del orden del *impulso*, que tiene cualidad de *deseo*, y que en el otro, es del orden de una *necesidad*, de una *obligación*, impuesta por la misma naturaleza del pensamiento y por las limitaciones que le son propias. Esta doble intuición es la que quisiera precisar ahora un poco<sup>37</sup>.

En diversas ocasiones ya me he expresado en Cosechas y Siembras, y a no más tardar anteayer e incluso ayer, sobre el tema de la poderosa fascinación que acompaña a esa especie de “presciencia arquetipo” que tenemos de una *unidad* esencial tras la aparente disparidad de las cosas. Al nivel del impulso de conocimiento, en esa fascinación creo reconocer la principal fuerza que actúa en la progresión del pensamiento científico, a través de *síntesis* sucesivas, cada una intentando a su manera captar esa elusiva unidad. Ciertamente, el éxito del modo de pensar científico, y de su “método”, cuya palabra clave tal vez sea “*precisión*”, sin duda se debe, en gran parte, a su táctica de examinar metódicamente “lo particular”, antes de atreverse a hablar de “lo general”, a registrar cuidadosamente “los efectos”, sin prejuizar la “causa” común presentida, a inventariar “lo múltiple”, como si se olvidase la presciencia de la *unidad* subyacente. La vía propia de la precisión sería resaltar bien las particularidades y las *diferencias*, en vez de dejarlas en un segundo plano, en favor de lo que se presiente o reconoce como *común*, por un *parentesco* tal vez oculto. Pero si tal ha sido la vía y el método del pensamiento científico, sin embargo no hay ninguna duda de que *no* es en esa dirección donde espontáneamente nos lleva la sed de conocer. Es más bien que el pensamiento es incapaz (parece ser) de aprehender directamente “el Todo”. Necesita el rodeo por lo particular para aprehender lo general, por lo múltiple para aprehender el Uno, por la multiplicidad de efectos para aprehender la unidad de causa. Sólo cuando hemos dado ese rodeo, estamos preparados para ir allí donde nos lleva el deseo, a la causa y la raíz común de todas las cosas. Y al hacerlo, llegar a una *comprensión*, que da un *sentido* a lo que, al principio, no era otra cosa que constataciones, repertorios y descripciones.

Esa comprensión nueva es del orden del Todo, y no de la parte. Con ella, nuestra mirada sobre las cosas ha cambiado, o mejor dicho: son nuestros “ojos” lo que ya no son los mismos. Y por eso mismo, esas mismas cosas que antes mirábamos, *ya* no son “las mismas”. No han dejado de ser “particulares”,

<sup>35</sup>(N. del T.) La expresión “noyer un poisson”, literalmente “ahogar un pez”, significa dar largas a un asunto.

<sup>36</sup>Al hacer aquí esa distinción tan necesaria entre esas dos formas de usar el pensamiento, que se pudieran llamar “desinteresada” e “interesada”, era consciente de que la manera en que la formulaba era demasiado “blanco – negro”. Incluso “el pensamiento en acción”, movido por la sed de conocimiento, rara vez está libre de todo condicionamiento (suponiendo que alguna vez lo esté). En Cosechas y Siembras, más de una vez he podido constatar hasta qué punto el “matemático en acción” (digamos) puede ser prisionero de propósitos deliberados, de prevenciones y de orejeras, que obstaculizan el libre desarrollo de su conocimiento de las cosas. A menudo se trata de orejeras colectivas, compartidas por la mayoría e incluso por todos sus congéneres. Ésas son las que trazan esos “círculos invisibles” de los que he hablado en alguna parte, algunos sin mayor trascendencia, y otros que, con el paso del tiempo, ¡parecen gruesas murallas! Y sin embargo, a veces esas “murallas” son traspasadas por algún quidam que no es como los otros, ¡como si jamás hubiesen estado ahí! Y cien años después, nadie recuerda esas murallas imaginarias, que habían encerrado a todos durante generaciones, hasta el día en que algún chalado, como si nada, pasó a través de ellas para ir más allá. Apenas es necesario precisar que justamente ese chalado – y el preciso momento en que va más allá – para mí encarnan ese “pensamiento en acción”, o el pensamiento *libre*, el del *niño*, que vamos a tratar en las siguientes páginas.

<sup>37</sup>(25 de marzo) La reflexión que sigue, sobre el tema “deseo y necesidad”, se superpone a la que se rozó de pasada en la nota “Deseo y rigor” (nº 121). Véase también, en la primera parte de Cosechas y Siembras, las dos secciones “Deseo y meditación” y “Hermosa de noche, hermosa de día” (nºs 36, 39), donde, bajo perspectivas diferentes, también se roza este mismo tema (salvo por poco).

“múltiples”, “diferentes”, ciertamente. Pero ahora las abordamos con una *expectativas* (más o menos precisas), y con una *preguntas* (más o menos acuciantes). “El método” sigue siendo el mismo: ¡ante todo precisión! – y las “preguntas”, no se las planteamos “al Todo”, al gran Silencioso, sino a la parte, siempre dispuesta a responder a todas la preguntas que se le quieran plantear – las estúpidas como las inteligentes, las superficiales como las profundas, ¡para eso está ahí! Y cuando hemos llenado nuestros sacos y nuestros cuadernos con las respuestas de lo múltiple, es hora de volver al Uno, al Todo. A buscar un nuevo par de ojos de recambio.

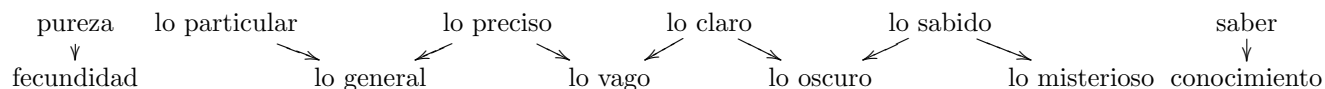
Tal me parece ser el movimiento de vaivén entre el deseo y la necesidad, entre la carne del conocimiento y la osamenta del saber, entre la *Amada*, y las *cosas* que ella habita y que nos llevan hacia Ella.

En ese movimiento, “*la pureza*” pertenece al método, a la vía elegida. Se manifiesta por una visión clara de los constituyentes de un Todo, de sus particularidades propias y de sus diferencias mutuas. Radica en la *precisión* de esa visión. La *fecundidad*, ésa viene por añadidura. Ésa no radica en el método, ni siquiera en las cosas que interrogamos, sino en Aquella que las habita y que nos responde por ellas.

Dicho de otro modo: lo puro es un *medio* para llevarnos hacia lo fecundo, hacia la fecundidad propia de la Amada, la Madre. Cuando lo puro cesa de ser un medio, para convertirse en su propio fin, el pensamiento se ve separado de la fuente y se seca, a falta de renovación. Ya podrá acumular obras y llenar bibliotecas enteras, ésas no son las obras del Amor. Tal vez digan la gloria del patrón, pero no tienen parte en la fecundidad de la Madre.

## 12. Precisión y generalidad – o la superficie de las cosas

(22 de marzo) Ayer comencé a intentar captar el movimiento de vaivén, en el pensamiento que descubre el Mundo, entre “el deseo” o “el fin”, encarnado por la fecundidad de “la Madre”, y “la necesidad” o “la vía”, encarnada en la pureza del método, del modo de conocimiento que representa “el pensamiento”. Me parece que ese movimiento queda bastante bien reflejado en el siguiente “diagrama en zig-zag”:



He colocado el diagrama en zig-zag, en el que figuran siete parejas (representadas por siete flechas) que ligan cuatro cualidades yang y cuatro cualidades yin, entre dos parejas separadas

$$\text{pureza} \longrightarrow \text{fecundidad} \quad \text{y} \quad \text{saber} \longrightarrow \text{conocimiento} .$$

Estas dos parejas expresan una relación dinámica común a las siete parejas del zig-zag, que pueden ser vistas todas como representando uno de los múltiples aspectos de la “dinámica del deseo”: aquella en la que “el saber” que inventaría y explica es el medio y la vía hacia un *conocimiento* “que comprende”, y donde “la pureza” del camino intelectual es medio y vía hacia la *fecundidad* de una intuición del Todo. Esa intuición se hunde profundamente en el inconsciente, y ninguna de las formulaciones que nos inspira para describirla y captarla en el campo de la consciencia podrían captarla enteramente ni agotarla...

Los seis términos yang que figuran en el diagrama total están en una misma línea (la línea de arriba, como debe ser), y lo mismo ocurre con los seis términos yin (que forman la línea de debajo). Los términos yang del zig-zag son

lo particular, lo preciso, lo claro, lo sabido (captado por “el saber”),

y representan el polo del “saber”, y el de la “pureza” que le es propia – el polo propio del saber como modo de conocimiento. Los términos yin son

lo general, lo vago, lo oscuro, lo misterioso,

y representan el polo del “conocimiento” que aprehende y comprende, y de la fecundidad propia del conocimiento intuitivo de las cosas.

En la sucesión de las cuatro cualidades yang se percibe una progresión hacia una aprehensión más y más neta, mejor y mejor circunscrita, hasta el estado final de lo que verdaderamente es sabido, “captado”, “apropiado” en cierta manera por el pensamiento. Es una progresión en dirección a lo yang.

En la sucesión de los cuatro términos yin, también se nota una progresión en sentido inverso, desde “lo general”, distante y desprovisto casi de toda tonalidad particular, que comienza a revelar una substancia cuando es percibido como “lo vago”, substancia que se hace más cercana y más carnal en “lo oscuro”, para revelarse al fin en su verdadera naturaleza, como lo que es más cercano y más íntimo, en “lo misterioso”.

Lo que nos *atrae* con la fuerza del deseo, es “*lo misterioso*”, que se nos revela con esa percepción tan familiar de “vago”, de “oscuridad”: y al mismo tiempo, por una extraña paradoja, no dejamos de sondearlo y de medirlo en todos los sentidos, para transformarlo en una cosa “*conocida*”, o mejor dicho, para transformar *el conocimiento difuso de lo misterioso*, en algo *expresado y sabido*.

Esta paradoja me parece propia del pensamiento. Esta dinámica pudiera dar la impresión de que el espíritu humano tendría horror a lo vago, lo oscuro, incluso al misterio, y que lo que espontáneamente le atrae sería todo lo que se presenta en forma precisa y clara, ¡como objeto de un *saber* impecable! Y eso es seguramente lo que nos diría el consenso del grupo, justamente depositario de un saber, transmitido de generación en generación. Pero la realidad es otra. El espíritu-que-piensa es yang, y lo que le atrae, es su complementario yin, es el misterio. Al enfrentarse con lo que es oscuro, o mejor dicho, en sus esponsales siempre renovados con lo misterioso, el espíritu mismo se renueva y logra ser fecundo. Si en la forma de expresarse y comunicarse elige la precisión, y no lo vago, y si busca sin cesar lo claro y no lo oscuro, es porque sabe por instinto (o por experiencia ancestral, que se ha convertido en una segunda naturaleza...) que *ahí* está el medio más seguro para penetrar en lo desconocido y para aprehender lo misterioso y consumir sin cesar los esponsales con la Bien-amada.

Entre las cuatro cualidades yin de hace un momento, la única que se parece a una concubina “oficial” del “espíritu”, es la menos yin de todas, es “la generalidad”. Todos ciertamente dirán (al menos así era antes, en tiempos más clementes...), que un investigador (o sea un “sabio”) “investiga lo general”. Es la única de esas cuatro cualidades yin, que generalmente no es percibida como “*opuesta*”, o incluso antagonista, a cada una de las cuatro contrapartidas yang, con excepción todo lo más de “lo particular”. Así el ideal tácito que parece buscar el pensamiento científico, me parece que reside en una estrecha alianza de la generalidad y la precisión, ideal expresada por la pareja

lo preciso → lo general

que figura en el diagrama de antes. Me parece que esa pareja no es considerada, tradicionalmente, como un par de *opuestos*, como es el caso de las parejas cercanas

lo preciso → lo vago    o    lo particular → lo general ,

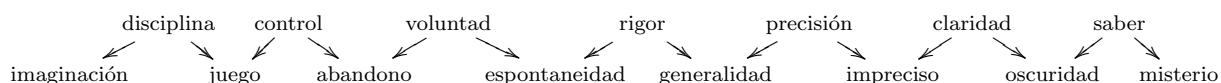
y de las cuatro parejas siguientes en nuestro zig-zag. Supongo que incluso en nuestros días, habrá pocos científicos que pensasen en rechazar esa pareja, como expresión de la armonía general que busca el progreso científico.

Por mi parte, si alguien me hubiera planteado la cuestión, sin duda me habría reconocido en ese ideal, sin pensármelo dos veces. Aún hoy no lo rechazaría. Pero, como todo ideal, se queda en la superficie de las cosas. No es en el ideal, sino en la rica *realidad* y en su madre, el *sueño*, donde reside la profundidad y la fecundidad que le son propias.

### 13. Los esponsales del orden y el misterio

(23 de marzo) Anoche, siguiendo las asociaciones de parejas que suscitaba la reflexión, vi cómo se prolongaba por la izquierda nuestro bonito zig-zag de ayer, de modo que entraban cualidades que no son particularmente del pensamiento. En el diagrama inicial, reemplacé los términos “lo general” (por

tanto adjetivos “substantivados”) por los nombres correspondientes “generalidades”, etc. Esto lleva a prolongarlo como sigue<sup>38</sup>:



donde la línea de arriba está de nuevo formada por términos yang, y la de abajo por términos yin. He representado con flechas “gruesas”<sup>39</sup> las parejas que figuran en mi repertorio (dado más abajo)<sup>40</sup>, que hacen las veces de “parejas legítimas”. Son aquellas que me parecen particularmente bien “acertadas”, y las otras hacen las veces de “parejas de concubinato”. (Inútil precisar aquí que ¡no pienso que esa distinción tenga un carácter rigurosamente objetivo!)

Esta vez hay siete cualidades yang, que van de “disciplina” a “saber”, pasando por “control”, “voluntad”, “rigor” (ocupando éste último el lugar del término “lo particular” en el zig-zag de ayer). Las ocho cualidades yin de enfrente “al tresbolillo” van de “imaginación” a “misterio”, pasando por “juego”, “abandono”, “espontaneidad”... La “imaginación” puede verse como el *enfoque directo*, intuitivo de lo misterioso, o también, como la vía de acceso de lo consciente al inconsciente. La disciplina de un pensamiento riguroso constituye la *vía indirecta*, que es también la vía propia del pensamiento, la vía “yang” por excelencia.

Cada una de las siete nuevas parejas me parece cargada de sentido, y merecería detenerse en ella, para escuchar lo que nos tiene que decir. Pero no voy a hacerlo aquí, y ya ayer, no tuve tiempo de interrogar por separado a las siete nuevas parejas que acababan de aparecer, contentándome con apuntar lo que me sugerían en conjunto. Hoy, quiera más bien volver a la reflexión de anteayer, que quedó en suspenso. Había escrito dos grupos de cinco parejas cada uno, con cinco “términos atractores” *yin* en el primero, y otros tantos términos atractores *yang* en el segundo, declarando que la atracción hacia el primero tenía cualidad de *deseo*, y que la de los segundos, los atractores yang, representaba la *necesidad* inherente al pensamiento, la *vía* hacia la satisfacción del deseo. Habíamos “interrogado” al primer “paquete” de parejas, el “paquete atractor yin”, desde este particular punto de vista. Hoy quisiera volverme hacia el segundo, el “paquete atractor yang”, que recuerdo aquí para hacer memoria:

- lo simple* – lo complejo
- lo abstracto* – lo concreto (o lo real)
- lo preciso* – lo vago
- orden* – caos
- estructura* – substancia .

<sup>38</sup>(25 de marzo) Antes de prolongar el zig-zag de la víspera, fui llevado a sustituir el término yang “lo particular” (que se emparejaba con “lo general” o “generalidad”, y hacía casi las mismas funciones que su vecino de la derecha “precisión”) por el término “rigor”, formando la nueva pareja

rigor – generalidad ,  
completando a su vecino (o “concubino”) de la derecha  
precisión – generalidad .

Me parece que la primera de esas dos parejas es la más “acertada”. Si bien es cierto que a menudo se pierde en precisión lo que se gana en generalidad e inversamente, tal situación *jamás* se presenta en la pareja “rigor – generalidad”. El rigor tiende, es cierto, a partir de lo particular para acceder a lo general. Pero puede ejercerse, sin perder nada de su naturaleza propia, tanto en el contexto de lo “general”, o de lo “impreciso”, como en el de lo “particular” y de la precisión perfecta. Hablo del rigor, por primera vez en la sección “Rigor y rigor” (CyS n° 26), y después en la nota (citada ya en la anterior nota a pie de página) “Deseo y rigor” (n° 121).

<sup>39</sup>(N. del T.) Son las siete flechas que apuntan a la derecha.

<sup>40</sup>La reflexión suscitada por la presentación de ese “repertorio” (y del famoso diagrama en árbol de Navidad) me ha llevado a rellenarlo de paso, incluyendo “emparejamientos” que se me habían escapado (como “rigor – generalidad”, evocado en la anterior nota a pie de página), o que había tendido a ignorar o apartar, en beneficio de otros que “al juez” le parecían más acertados. Las nuevas parejas que se han introducido a lo largo de la presente reflexión se indicarán con paréntesis. Éstos no pretenden sugerir que esas parejas sean menos importantes o “significativas” que las otras, sino servir como puntos de referencia para marcar la progresión de la reflexión.



Entre los cinco atractores yang que figuran en este paquete, hay dos que me parece que juegan un papel primordial.

*lo simple* (o la simplicidad), y el *orden* .

La *abstracción*, la *precisión*, y la búsqueda de la *estructura* de las cosas (cuya substancia se hurta tan obstinadamente al pensamiento), las tres me parecen cualidades subordinadas, que el espíritu no busca verdaderamente por sí mismas. Son más bien los *medios* propios del pensamiento, que le permiten aprehender “lo simple” en la desconcertante complejidad de las cosas y los sucesos, y captar o desentrañar el orden presentido, tras el aparente caos (al menos a los ojos del pensamiento que escruta) que nos revela la percepción en bruto de la realidad.

“Simplicidad” y “orden” son cualidades estrechamente ligadas, hasta el punto de que se tiene la tentación de declararlas idénticas. Sin embargo, el orden que desvelamos en las cosas puede ser más o menos “simple”, o más o menos “complejo”, según el grado de profundidad en que tengamos que penetrar en nuestra aprehensión de la armonía de las cosas. Pero por sutil y complejo que sea el orden percibido y expresado por el pensamiento, siempre encarna, por su misma naturaleza, una “simplicidad”, que puede ser más o menos “simple” (incluso “simplista”), o más o menos delicada o “compleja”. E inversamente, reconocer lo simple en lo complejo, eso es ver aparecer un orden que hasta entonces se nos había escapado. Y cuando logramos “simplificar” una concepción de las cosas (o un razonamiento que la apoya), eso es acercarnos poco o mucho al orden inherente a las cosas mismas, mientras que el “orden” que habíamos sabido ver en ellas no era más que un esbozo, más o menos grosero. La simplicidad perfecta es la que expresa y casa de manera perfecta con el orden oculto inherente a las cosas mismas.

También se podría decir que “simplicidad” y “orden” son como el alma y el cuerpo de una sola y misma cualidad. Ésta no es una creación del espíritu o el pensamiento, o una cualidad que les fuera inherente y que proyectasen hacia fuera. Ella habita en las cosas del Universo, tanto en las “concretas” como en las “abstractas”, independientemente del “espíritu” o del “pensamiento” que se esfuerce en aprehenderlas. Y bien se nota que esa cualidad, por más “yang” que sea en su relación con la substancial *complejidad* de esas mismas cosas, o con el sentimiento de *caos* que ésta suscita en nosotros cuando el orden oculto deja de ser percibido – que esa cualidad está íntimamente ligada a esa cualidad “yin” por excelencia, evocada por palabras como “totalidad” (o “el Todo”), “unidad” (en lo múltiple), o “causa” (común, enlazando con un parentesco profundo la multiplicidad de efectos). Después de todo, todo orden insta una *unidad*, expresada por ese mismo orden, que rige y enlaza la multiplicidad de cosas a las que se refiere. Al mismo tiempo, también nos parece que es la *causa* común de la multiplicidad de relaciones que ese orden instituye, y de las múltiples consecuencias que éstas implican. E inversamente, también es verdad que la unidad que radica en el parentesco profundo de las cosas, unidad que se transparenta a través y más allá de su diversidad a veces desconcertante, no es otra justamente que esa “simplicidad” oculta a la que nos aferramos (aunque sólo sea presentida), para orientarnos en la desconcertante complejidad de las apariencias y los fenómenos.

Así, de la manera más insospechada, aparece, en un recodo de la reflexión, una identidad profunda entre dos tipos de cualidades que, anteaer, me parecían casi opuestas, o al menos, como de esencia bien diferente: por una parte la *Unidad*, el *misterio*, de profundas resonancias carnales encarnadas por la *Madre* y por su fecundidad; y por otra parte el *Orden*, y la simplicidad que encarna, que primero me parecía que representaban la *vía* propia del pensamiento, en nuestra incesante búsqueda de la Madre. Pero he aquí que La Madre y el Orden se presentan a su vez como dos aspectos indisolubles de una misma cualidad esencial inherente a las cosas, representado una la vertiente sombra, y el otro la vertiente claridad.

Si busco un nombre para esa cualidad de vida, que se manifiesta por la fecundidad propia de la Una, la Madre, y por la pura simplicidad del Orden, se me viene: *la armonía*. Es la cualidad donde las

haya que no es de “tonalidad” ni yin ni yang, sino que expresa justamente el equilibrio perfecto entre el yin y el yang, entre la Madre, en su inagotable fecundidad, y el Orden, expresión de leyes inmutables.

Ese doble aspecto de la armonía inherente a las cosas, el del misterio, fuente de fecundidad, y el del orden, expresión de la ley que rige el Cosmos, me parece que está presente en las cosas desde toda la eternidad, independientemente de la presencia del espíritu humano, que se esfuerza en aprehender esa armonía. Y el pensamiento no es la única vía abierta al espíritu, seguramente, ni siquiera la más directa, para ese fin. Es la “vía yang”, eso es seguro – y hasta hoy, sobre todo es ésta la que he seguido. Es la vía que aborda la armonía de las cosas por su cara sur, la del orden: por la que puede ser (aunque sea un poco) *expresada* y captada por el lenguaje, aunque haya que rehacerlo día tras día, según las necesidades. En este enfoque, el orden presentido en las cosas, y los medios necesarios para expresarlo con precisión en términos de *estructuras* (aunque haya que escalar tan alto como haga falta en la escala de las abstracciones sucesivas...) – éstos son los que en todo momento sentimos “al alcance de la mano”. Y sin habérselo dicho jamás, ellos son los que, obscuramente, hacen las veces de vía, por no decir de herramienta.

Ciertamente, el obrero está apegado a su herramienta, que para él es como otro yo-mismo. Sin embargo la herramienta no es el objeto de su deseo, sino la substancia que él trabaja. Pero el objeto del deseo que constantemente nos empuja hacia delante, hacia las alturas, no es esa cara que escalamos bajo el sol de mediodía. Si nos empuja así, es hacia la *otra* cara presentida, la cara de la sombra, y hacia el profundo valle del que surge y al que regresa...

#### 14. Lo caracterial y lo característico – o el Acordeón cósmico

(24 de marzo) Esta noche, como todas o casi todas, el Soñador se lo ha pasado en grande, y me hace rabiarse con mi trabajo sobre el yin y el yang. Como debe ser, estoy tan ocupado con este trabajo que no tengo tiempo para detenerme sobre el sentido de ninguno de sus chistes, lo que aparentemente le provoca más. Esta noche he tenido derecho, entre otros, a un flash muy discreto (en la duermevela) de un *acordeón*. Claramente éste representaba mi interminable zig-zag del yin y del yang de ayer y anteayer, que todavía encontré manera, ya en la cama y antes de dormirme, de prolongar un poco más hacia la izquierda. En esta ocasión el acordeón se llamaba “*armónica*”, de manera tan tajante que me costó un poco convencerme que estaba equivocado, que no es así como se llama el instrumento de fuelle que acababa de ver. Sólo en ese momento comprendí el gag – ese fuelle representaba nada menos que ¡la *armonía* “del orden y del misterio” que acababa de tratar!

Menos afortunado que antes Pitágoras, no tuve el privilegio de escuchar esa armonía, sólo de verla, en forma de un símbolo de lo más prosaico. Decididamente ¡el Soñador no se preocupa por los altos vuelos poéticos! Y el *soplo* sugerido por ese fuelle seguramente no es otro que el soplo de vida que anima a todas las cosas y que liga la cara luminosa con la cara sombría. Ese soplo, lo conozco bien. No es ni una ficción poética, ni una metáfora, sino una realidad tangible, omnipresente, aunque a veces la olvide un poco. Ni se me ocurriría hacer una representación simbólica suya, con algún objeto familiar – ¡sólo el Soñador sería capaz de tan ingenua irreverencia! Pero ha tenido tacto – ha renunciado a poner en el flash a la Señora Lamadre y al Señor Elorden, cada uno sujetando un extremo del acordeón-armónica, y tirando y empujando con perfecta coordinación, dando así una imagen convincente (“ein treffendes Bild”) de la perfecta armonía que reina entre los dos supuestos cónyuges que animan y rigen el Universo.

También tuve un sueño más elaborado, en que bajaba por una calle empinada mientras escribía a máquina (no sabría decir cómo). Escribía parejas yin-yang, que aparecían con caracteres muy claros, en medio de la calle, una quincena de pasos más adelante. A decir verdad, creo que eran más bien parejas formada cada una por un término vagamente peyorativo o desfavorable, seguido de un término valioso que parecía corregir las cosas. Y cada vez lo escribía en mi máquina invisible, con la íntima satisfacción del músico que anota un acorde muy logrado que “resuelve” una disonancia, puesto ahí justo por las

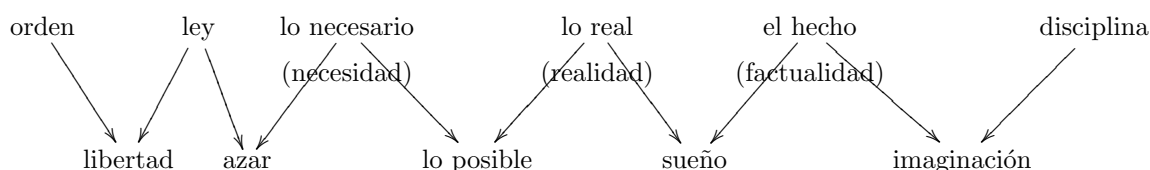
necesidades de la causa. Se sucedieron así varias parejas, como una sucesión de disonancias-provocación, resuelta cada una por la armonía que requiere (¡ya estamos de nuevo con la armonía!). Pero al despertar (justo después de terminar el sueño) sólo recordaba una. Es la pareja (¡a ver quién la adivina!):

lo caracterial – lo característico .

Me reí mucho, sí. Esa risa (que ahora mismo me acaba de entrar otra vez) surge de las profundidades invisibles, sin que supiera decir “por qué me reía” – una risa con el vientre, no con la cabeza. O, si lo “sabía” (y tal vez todavía lo “sepa” ahora), no hubiera sabido ni sabría explicármelo con palabras claras. ¡Qué más da! Lo que está claro en todo caso, es que esa broma sólo se dirige a mi modesta persona...

El sueño continuó, y bien hubiera valido la pena anotarlo negro sobre blanco, para que me penetrase más, si no para “explicármelo”. Pero renuncié a ello, de la prisa que tenía por volver a estas notas imprevistas sobre el yin y el yang en el pensamiento que explora – notas que no acabo (¡sueña a conocido!) de estar “a punto de terminar”.

Tengo ganas de volver sobre mi acordeón-armónica. Se está haciendo tan largo que ya no cabe en una doble línea. Esta vez, he visto prolongarse el fuelle (otra vez a la izquierda, en dirección del “pasado”) no con siete picos, sino nada menos que con *nueve*. Me limito aquí a indicar la prolongación, que hay que añadir a la parte izquierda “disciplina – imaginación” del fuelle de nuestro zig-zag armónica. He aquí esa prolongación:



Hay un pequeño cambio de óptica al pasar del término yang de la derecha, “disciplina”, que estaba al final del lado yang en el zig-zag de ayer, a “el hecho”, pues pasamos de una cualidad o tonalidad “interior”, referida al espíritu o el pensamiento, a una cualidad u “óptica” “exterior”, referida al mundo observado y reflejado en el espíritu que escruta. Para “unir” esas dos ópticas, he añadido, debajo de ese término “el hecho”, el término esencialmente equivalente (salvo por la óptica) “factualidad”, que me he tenido que inventar en este caso (no se encuentra en el “Petit Robert”<sup>41</sup> ¡lo siento!). Se supone que ese término designa las disposiciones o la actitud del que se atiene estrictamente a los hechos, lo que tiene también cierta connotación de “objetividad”. Hay una palabra alemana de lo más corriente para eso, “Sachlichkeit”<sup>42</sup>. Por una razón semejante, me ha parecido bien poner debajo de “lo necesario” (que complementa a “lo posible”) “necesidad” (que complementa a “azar”), y lo mismo con “lo real” y “realidad”.

No voy a detenerme aquí intentando describir un poco la rica nube de asociaciones que rodea este kyrial de nuevos términos tanto “yang” como “yin” que acaba de aparecer, y las parejas que forman entre ellos. Para hacerlo bien ¡harían falta varios volúmenes (igual que para los términos y las parejas que aparecían en la parte de ayer del acordeón cósmico)! Sólo señalaré una asociación particularmente fuerte. Ayer señalé que “la imaginación” representaba “la vía de acceso de lo consciente al inconsciente” (y por eso también, “el enfoque *directo*, intuitivo de “lo misterioso”, de lo desconocido...). El siguiente término yin, “*el sueño*”, designa justamente el reino privilegiado de la imaginación, liberada en el sueño de las trabas (yang y superyang) que la mantienen prisionera en el estado de vigilia. Y el sueño es también *el mensajero* por excelencia de lo “*posible*” (que, como por casualidad, es el siguiente término yin). Por

<sup>41</sup>(N. del T.) Famoso diccionario de francés.

<sup>42</sup>Esta palabra está formada con “Sache”, que significa el objeto, o la cosa; por tanto “Sachlichkeit” designa la actitud del que se atiene “a los objetos”, es decir a los *hechos*. Nótese que la palabra alemana para “hecho” (“Tatsache”) se forma con la misma raíz “Sache”.

eso, a poco que sepamos escucharle y fiarnos de él, también es la fuente secreta de la inspiración y de la visión que alimenta nuestro impulso creativo, que transforma ese “posible” en una realidad tangible y viva.

Pero ahora mi propósito es de nuevo el del matemático, ebrio de estructura – y esa armónica (perdón, acordeón) que se va alargando representa una estructura fascinante, en efecto. Ya anteayer, creo recordar, cuando el zig-zag de siete picos acababa de crecer con otros siete picos, me dije que por bien ser, tendría que cerrarse sobre sí mismo – y después no pensé más en eso. A decir verdad, ese zig-zag había aparecido un poco al margen, como una especie de curiosidad, un poco como el famoso diagrama en árbol de Navidad, pero al mismo tiempo ¡bien sugestivo, a fe mía! En cuanto a la parte del fuelle que acabo de añadirle, su último pico

orden – libertad ,

que “engancha” el término “orden” con el que había quedado libre de nombre (qué casualidad) “libertad”, no se me ha venido de pasada hasta esta mañana, al descansar de mis ocupaciones. Estaba muy contento – he aquí pues en el acordeón ese famoso “orden”, que ya ayer se había presentado como un personaje importante – *el* más importante del día, mejor dicho, con la dama “misterio” con la que acababa de casarse ante mis ojos<sup>43</sup>.

Sin embargo no hizo tilín enseguida. Hay que decir que tenía prisa por ir al mercado, y que había dormido poco. Ha sido hace un momento, justo antes de ponerme a escribir a máquina, cuando por primera vez me he tomado la molestia de garabatear negro sobre blanco el nuevo trozo del fuelle que se añadía al de ayer, cuando se ha producido “el milagro”. Estaba, en el extremo izquierdo del largo fuelle, el término que quedaba libre y que acababa de añadir mentalmente esa misma mañana, “*el orden*”. Y en el extremo derecho, que entretanto ya había olvidado un poco, el término que quedaba libre, esta vez yin, era “*el misterio*”. Ahora bien, eran justamente (otra vez como por casualidad) esos dos términos, o más bien los importantes personajes que representan, los que había visto emparejarse ayer, ¡sin habérmelo esperado ni lo más mínimo! Y he aquí pues, sin que tampoco me lo esperase, ¡que el acordeón-armónica cósmico se cierra! Y ya no hace falta, de paso, poner dos líneas superpuestas. Para representarlo, esta vez no se trata de líneas, sino de *círculos*: dos círculos concéntricos, uno yang, exterior, y el otro yin, interior. (Sin embargo, el acordeón de ese bromista de Soñador no era circular.)

No he esperado nada, para trazar de prisa mis círculos, a mano alzada, colocando los términos yang en el círculo exterior, y los términos yin en el interior, correspondiéndose al tresbolillo y formando un diagrama que sugiere el sol, o la corola de una flor con sus pétalos (un sol, por qué no). Son *doce pétalos*, que corresponden a doce términos yin y doce términos yang, tantos como signos del zodiaco, ¡juro que no le he hecho adrede! Debe de ser algo característico (de la armonía cósmica, por darle un nombre), pero no caracterial (de mi modesta persona, ¡émulo ésta vez de Kepler el Esotérico!).

Pero no era de eso de lo que me disponía a hablar, al sentarme ante mi mesa de trabajo. Pro no soy yo el que decide – he de entregar en caliente la séptima maravilla, con un hermoso trazo y en limpio. Se le puede llamar, a escoger, el acordeón cósmico, o la armónica cósmica, o (para poner a todos de acuerdo) *el armónium cósmico*.

---

<sup>43</sup>Este notable emparejamiento

orden – misterio

no figuraba en mi famoso repertorio, no se me presentó hasta la reflexión de ayer. La pareja

orden – libertad ,

que sin embargo es bien corriente en la jerga política, también se me había escapado hasta entonces, y no apareció hasta esta misma mañana. Probablemente la razón sea que estaba inhibido por el hecho de que el presunto esposo “orden” ya estaba “cogido”, por la pareja bien conocida (que forman una asociación automática)

orden – caos .

¡He aquí lo que es el famoso “condicionamiento cultural”!



15. ¿Descubrimiento o invención? – o el escriba y “el Otro”

Reconozco que estoy un poco estupefacto ante lo que me acabo de encontrar. He tenido tiempo de hacer un bonito dibujo en limpio, hasta con compás y regla (hacía una eternidad que no los había usado), de comer, y después, durante una o dos horas, de contemplar el dibujo y de dejarme penetrar por él por poco que sea<sup>44</sup>. Me cuesta “situarlo”, lo reconozco. ¿Es una “invención” más o menos abracadabrante de mi espíritu, o es un *descubrimiento*, de algo que realmente “existe”, independientemente de mi modesta persona?

Al hacer mates, jamás me había planteado tal cuestión – bien sé, sin haber tenido que decírmelo jamás, que jamás me invento nada, sino que *descubro* cosas que existen – cosas que han existido desde siempre. Incluso el buen Dios, jamás ha tenido que crearlas, y ni siquiera Él las conocía, tal vez no más que yo, antes de que yo las sacase a la luz del día. Y esta vez, con mi acordeón extensible que de repente, con esa clase de milagros que me es tan familiar, se metamorfosea en algo completamente diferente – abriéndose en una especie de “flor cósmica” de doce pétalos, que se inscribe pétalo a pétalo en un doble-zodiaco yin y yang – esta vez también he tenido ese sentimiento irrecusable del que “descubre”. Desde el punto de vista “subjetivo” de la experiencia vivida, en todo caso, ninguna diferencia.

Y sin embargo sigo perplejo. Si a otro que no fuera yo, por fortuna se le hubiera ocurrido jugar con la clase de parejas yin-yang que yo estaba examinando (en este caso, sobre todo las que se refieren al pensamiento, y al conocimiento de las cosas que nos proporciona), para reunir las en zig-zag y con la vaga idea de que deberían cerrarse – ¿no habría llegado a una o varias “flores cósmicas” de su cosecha, todas diferentes, de once pétalos o de quince o de yo qué sé?

Es verdad que al juntar todas esas parejas unas detrás de otras, en ningún momento he tenido la impresión de que iba “a ojo”; de que en vez de “enganchar” tal término en el extremo que quedaba libre, bien hubiera podido añadirle tal otro. Si había algo de “arbitrario”, era únicamente al nivel de lo “vago” inherente a todo lenguaje hablado, y que hace que se pueda dudar entre expresiones quasi-sinónimas, como “necesidad” y “lo necesario”, que (como escribía antes) esencialmente designan la misma “cosa”, pero vista desde dos ángulos un poco diferentes.

Por tanto, lo menos que puedo decir es que el diagrama al que he llegado dice algo sobre la manera en que *mi* espíritu percibe el Universo, y el juego del yin y el yang en las cualidades de las cosas del Universo, y en el espíritu que las sondea. En cuanto a saber en qué medida, y en qué sentido, esa extraña estructura que acabo de sacar a la luz tiene una significación “objetiva”, independiente de mi persona y del espíritu que la habita, me siento incapaz de responderlo “por ciencia infusa”. Sin duda, la respuesta a tal cuestión sólo puede venir de la experiencia, igual que (por ejemplo) la cuestión semejante que se pudiera plantear sobre la división de la banda zodiacal en la esfera celeste en las doce regiones zodiacales, con la significación particular asignada a cada una de esas regiones; y el “inventor” de esa subdivisión, y del arte adivinatorio que se basa en ella, quizás también tuviera motivos para plantearse tales cuestiones. (Es cierto que mi propósito no es el de desentrañar los principios de un arte adivinatorio, algo que en absoluto va conmigo...)

En mi perplejidad, veo sin embargo emerger dos intuiciones tangibles, y positivas. Una es que el diagrama al que he llegado, por sus cualidades de perfecto equilibrio, de armonía que noto en él, al menos ha de ser un maravilloso *hilo conductor* en una exploración más profunda en la dirección que apenas acabo de iniciar: la de las modalidades de percepción y de acción de “*el pensamiento*”, e incluso de “*el espíritu*”. Además, desde ahora siento que esa tarea (relativamente grosera) de “desentrañar estructuras” (en el sentido matemático del término), en el conjunto de los “términos” (o “cónyuges”) que intervienen en mi repertorio (de lo más provisional) de parejas yin-yang – hasta qué punto esa tarea me obliga de paso a afirmar mi percepción del *sentido* de cada una de esas parejas, y del sentido de las cualidades o

<sup>44</sup>Hubo un corte de corriente que me obligó, lo quiera o no, a hacer una pausa en la escritura de las notas.

entidades designadas por sus dos términos; y por eso mismo, a afirmar también la intuición que tengo del juego del yin y del yang “en general”.

Esto me lleva a la segunda “intuición positiva” que se desprende del trabajo de la pasada semana, que culmina hoy con la insospechada aparición de la “armonía cósmica”. Es la quasi-convicción de que ha de existir, en el seno de ese conjunto heteróclito de “términos” y de “parejas”, una gran *riqueza de estructuras* (donde tomo aquí “estructura” en el sentido matemático del término), del tipo de las que he visto emerger hasta ahora. Primero estuvo el famoso diagrama “en árbol de Navidad”, cuya aparición ciertamente no tenía nada de extraordinario, al menos a los ojos del matemático – aunque la elección tanto de los “grupos” (de parejas) que formaban los vértices de ese diagrama, como de los “lazos de afinidad” entre grupos, representados por las aristas del diagrama, eran en gran medida arbitrarios. Sin embargo eso no impidió que el trazado de ese diagrama, visto como un primer esbozo de una “carta” de las “puertas sobre el Universo”, se revelase como un trabajo muy útil, en el sentido precisado justamente en el párrafo anterior.

El primer objeto matemático verdaderamente notable que ha surgido de la reflexión, ha sido el subdiagrama que he llamado “Pensamiento”, representado por seis vértices, estando ligados dos cualesquiera, sugiriendo con eso la existencia (por el momento todavía hipotética) de una estructura icosaedra (alabeada) asociada a esos seis vértices<sup>45</sup>. En fin, la segunda estructura notable (por su riqueza en simetrías, pero también por las connotaciones extra-matemáticas asociadas al número *doce*) acaba de aparecer hoy mismo, con esa famosa “flor cósmica” o “doble-zodiaco”. Sin embargo, apenas he iniciado un trabajo – o mejor dicho, simplemente me disponía a acompañar con un comentario de algunas páginas un repertorio de parejas yin-yang y cierto diagrama de grupos de afinidad formados con esas parejas. En modo alguno pensaba ir a buscar otros diagramas que no fueran mi inocente árbol de Navidad, ¡y aún menos eruditas estructuras icosaedrales o bizodiales! Que hayan aparecido es señal de que aquí debe haber una *mina* ignorada, esperando a que alguien la saque a la luz del día.

La estructura matemática de partida, de la que hay que deducir estructuras “derivadas” interesantes desde el punto de vista tanto matemático como filosófico (por el significado de los “vértices”, “flechas” y “lazos” que entran en juego), me parece que es la siguiente. El “conjunto base” en el que se trabaja es el conjunto  $T$  de los “términos” que intervienen en cierto repertorio de parejas yin-yang, que será tan exhaustivo como sea posible. (Por ejemplo, mi repertorio de más abajo, que ha sido revisado y aumentado varias veces incluso durante estos últimos días...). Sobre ese conjunto base, veo a primera vista dos estructuras distintas. Una es la estructura de “grafo orientado”, descrita por las parejas yin-yang del repertorio, interpretadas como “parejas”  $(a, b)$  (en el sentido matemático del término) de elementos (distintos) de  $T$ , donde  $a$  designa el término yang y  $b$  el término yin de la pareja. Gráficamente, los “vértices” del grafo se representan por puntos (en un plano, o en el espacio – atención, habrá un buen paquete, ¡unos tres o cuatro centenares!), y las “parejas” se representan por “aristas” que unen los dos vértices correspondientes, y además, sobre cada arista, una “orientación” o un “sentido de recorrido” de la arista, que “va del término yang al término yin”<sup>46</sup>. Como ya he señalado desde el principio de esta reflexión, me parece que una vez elegido el conjunto  $T$  de “términos”, que representa las cualidades y entidades cósmicas que uno se propone estudiar, la estructura del grafo orientado correspondiente está determinada sin ambigüedad. Es decir, dados dos términos  $a$  y  $b$  en  $T$ , se puede decidir (por intuición o por una reflexión de naturaleza “filosófica”, claramente extra-matemática) si esos dos términos “forman una pareja”, y en tal caso, cuál de los dos términos juega el papel yang (y debe figurar como “origen” de la arista orientada que une los vértices representados por  $a$  y  $b$ ).

<sup>45</sup>Ver al respecto la sección “Historias de icosaedros y de árboles de Navidad”, n° 10.

<sup>46</sup>Pero cuidado, en contra de lo que pudiera sugerir nuestro magnífico bi-zodiaco, *no* hay una subdivisión del conjunto de “vértices” o “términos” en dos paquetes disjuntos, en uno los “yang” y en otro los “yin”. Un mismo término puede ser yang en su relación con uno, y yin en su relación con tal otro. Véase al respecto la sección “La ambigüedad creativa (1): parejas, retahílas y corros” (n° 3).

La segunda estructura que hasta ahora ha intervenido, superpuesta a la primera, es la estructura de *afinidad*. En lenguaje matemático, es de nuevo una estructura de *grafo* (pero esta vez no orientado), consistente en la prescripción, en el conjunto de todos los “pares” posibles de elementos de  $T$  (i.e. de partes de  $T$  que se reducen a dos elementos  $a, b$ ), de cierto subconjunto, formado por los pares  $\{a, b\} = \{b, a\}$  en los que  $a$  y  $b$  son considerados como “cercaños”, o como “presentando afinidades”. Esta noción de afinidad también es de naturaleza “filosófica”, pero esta vez está definida con mucha menos claridad. No habrá lector que no perciba, sin ningún género de duda, una “afinidad” entre “sueño” e “imaginación”, o entre “sueño” y “lo posible”. Por contra, la cuestión de si “sueño” es cercano a “azar”, o a “juego”, o incluso a “libertad” o “abandono”, seguramente tendrá respuestas bien distintas de una persona a otra, según las disposiciones con que aborde esa cuestión. De hecho, lo que nos revela una intuición filosófica más o menos desarrollada, no es tanto una información del tipo “todo o nada” (“ $a$  y  $b$  son cercaños”, o: “no tienen nada que ver”) sino más bien del tipo “más o menos” (como: “ $a$  y  $b$  son muy cercaños”, o “bastante cercaños”, o “vagamente emparentados”...). Es ese “vago” indisociable, parece ser, de la noción de afinidad, el que causa la arbitrariedad que he señalado desde el principio, en la formación de “grupos” de parejas y de las “afinidades” entre tales grupos, con los que se forma el diagrama (no orientado) de “puertas sobre el Universo”, alias “diagrama en árbol de Navidad”.

Estamos pues en una situación un poco irregular, en la que el matemático acostumbrado a trabajar con estructuras bien definidas, se verá enfrentado a una especie de “estructura borrosa”, de la que se supone ha de sacar (todavía no se sabe bien con qué fin...), entre otras estructuras, una supuesta estructura de grafo (llamada “estructura de afinidad”), sin que en ningún momento esté seguro de si tal par de vértices representa “una arista” (i.e. si sus dos términos son considerados “cercaños”) ¡o no!

Pero tal situación no le parecerá tan extraña al matemático (digamos) que se haya roto la cabeza edificando teorías, donde las *nociones* con las que tiene que trabajar permanecen en el limbo de lo no-creado. Se trata entonces justamente de tallarlas con detalle, una a una, para llegar a dar un sentido a una informe nube de intuiciones, que pueden parecer todas evanescentes e impalpables, pero en la que sin embargo se *siente*, con una “evidencia” por así decir carnal y más allá de toda duda, una textura tangible y una substancia caliente.

Es entonces el no-nacido el que nos susurra en cada momento, a medida que los trabajos del parto avanzan, cuál ha de ser la forma que se dispone a nacer, y por dónde agarrarla para que surja de la nada y *sea*. Incluso el tanteo de la mano que agarra a la cosa no nacida para sacarla a la luz del día, no es indecisión ni es errática, sino una toma de conocimiento en que toda duda, toda perplejidad está ausente.

Y esas cosas que escribimos como si *un otro* escribiese por nuestra mano, y que nos parece aprender según escribimos – en alguna parte dentro de nosotros, en unas profundidades ignoradas, eran *sabidas* mucho antes de que nuestra mano las escribiese, y no esperaban más que la intensa atención de un *escriba* a la escucha, que tenga a bien consignarlas.

## 16. La Flor y su movimiento – o: cuanto más me alejo, más me acerco

(25 de marzo) Algunos comentarios más sobre nuestra flor cósmica, antes de dejarla para proseguir con el hilo interrumpido de la reflexión.

Los doce términos yang, situados en el círculo exterior, forman también las puntas de los doce pétalos de la corola: éstos se tocan dos a dos, en doce puntos de inserción sobre el círculo interior, donde figuran los doce términos yin del “armónium”.

Cada pétalo, mirado por separado, se presenta como una especie de “monte” de forma ogival, cuya cumbre yang forma pareja con cada uno de los dos términos yin, representados por los puntos más bajos<sup>47</sup> de una y otra vertiente del monte. Esos puntos marcan al mismo tiempo el fondo de unos “valles”, o “barrancos”, formados por nuestro monte y los dos montes adyacentes que lindan por una y otra parte.

<sup>47</sup>Se entiende aquí que la dirección hacia “abajo” es hacia el centro del círculo yin de la Flor.



He renunciado a señalar en cada una de las dos vertientes la dirección “de yang a yin”, la dirección descendente pues, en dirección al interior del disco central, rodeado por la corola de la flor cósmica.

Entre esas dos vertientes, se puede distinguir la *vertiente izquierda* (o “vertiente yin”) y la *vertiente derecha* (o “vertiente yang”). Me parece que esta última vertiente siempre es la que corresponde a la pareja cósmica que se presenta como “pareja legítima” o “principal”<sup>48</sup>, mientras que la descrita por la vertiente izquierda o yin parece una “pareja de concubinato”. Ayer me pareció que había dos excepciones entre los doce casos, lo de los montes (o pétalos) adyacentes “ley” y “necesidad”. Entre sus cuatro vertientes, las que estaban en mi repertorio eran en efecto

ley – libertad, necesidad – azar ,

que corresponden a las vertientes yin, y no

ley – azar, necesidad – posibilidad ,

que corresponden a las vertientes yang (las que ahora se presumen “legítimas”). Pero supongo que esta anomalía sólo es aparente, y que las elecciones en cuestión que hay en mi repertorio son accidentales. Según el condicionamiento cultural, la jerga política nos conduciría a asociar “libertad” tanto con “orden” como con “ley” –

---

<sup>48</sup>Esto estaría de acuerdo con la asociación corriente entre “legitimidad” o “derecho” por una parte, y “lado derecho” o “dirección derecha” por otra.